



ALARCON

DE

MADRID A NAPOLES

FONDO ANTIGUO

**A-3077**

Biblioteca Regional

A - M - A



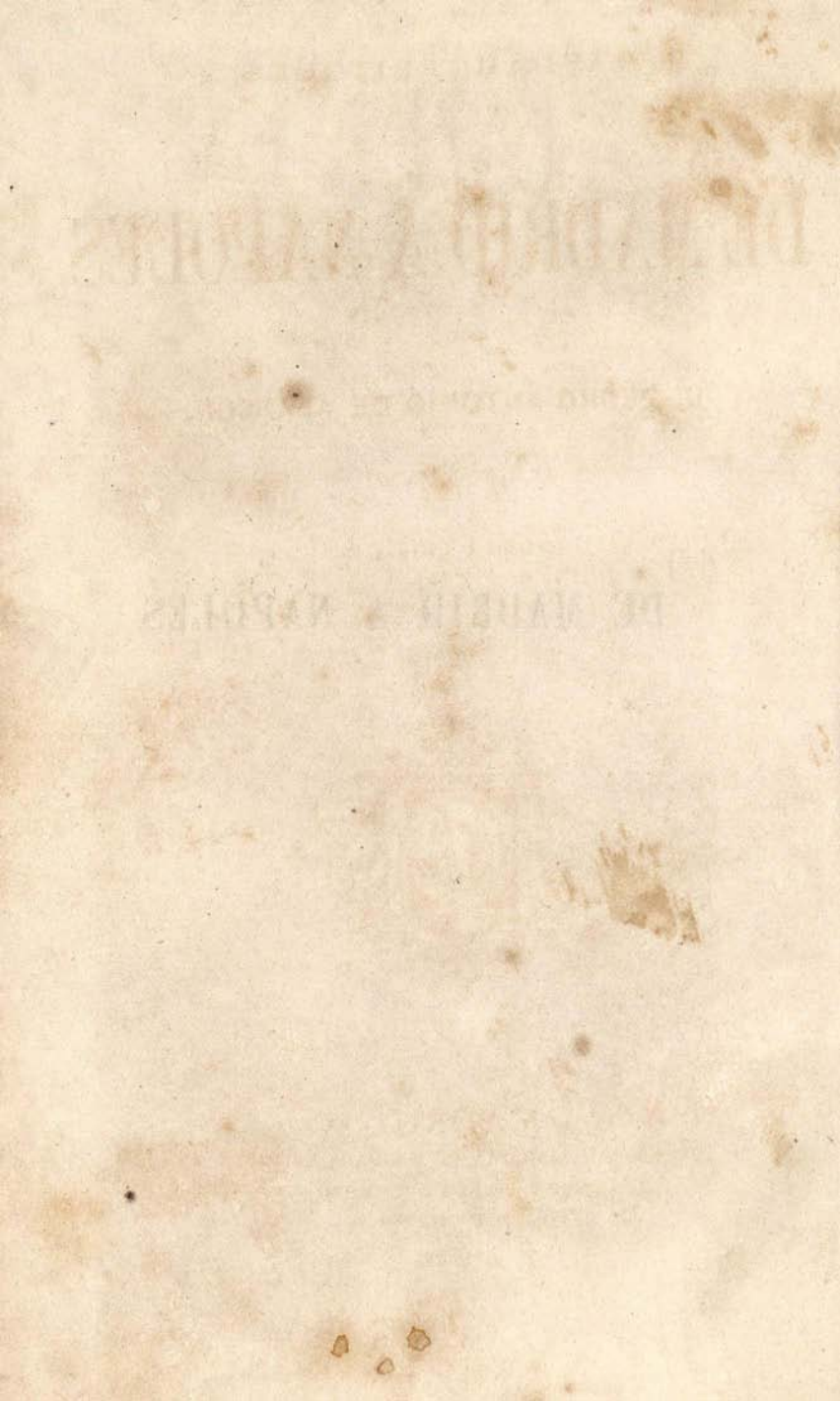






12  
144918

DE MADRID Á NÁPOLES.





21-3077  
GASPAR, EDITORES.

# DE MADRID A NAPOLES

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

CORREGIDA POR EL AUTOR É ILUSTRADA CON LÁMINAS.

NUEVA EDICION.



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR, EDITORES

(ANTES GASPAR Y ROIG)

Calle del Principe, núm. 4.

1878.

GASPAR EDITORES

# DE MADRID A NAPOLÉ

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

NUEVA EDICIÓN

*Es propiedad.*



MADRID

IMPRESA Y CORRIENTE DE GASPAR, EDITORES

CALLE DE LAS PLAZAS, 1

1875



AL SR. D. JOSÉ RUIZ LEON

dedicó este libro

EL AUTOR.



AL 34 D. JOSE RUIZ LEON

# DE MADRID Á NÁPOLES.

---

## LIBRO PRIMERO.

---

### FRANCIA.

#### I.

##### MARSELLA.

El día 29 de Agosto de 1860, á las ocho y media de la noche, salí de Madrid en el tren-correo con direccion á *Valencia*, á donde llegué al día siguiente á las doce de la mañana.

× *Valencia* era para mí una antigua amiga. Entré, pues, por una puerta y salí por la otra, como Pedro por su casa, sin detenerme nada en la ciudad, y trasladéme al *Grao* × á reanudar mis amores con la mar salada, antes de hacerle formal entrega de mi persona.

A eso de las cinco, y despues de muchas correrías por los buques surtos en el Puerto, atracó mi bote al costado del Vapor *Philippe Auguste*, que debia partir aquella tarde para Marsella, y en el cual tenia comprado pasaje. Tomé posesion del camarote en que habia de vivir dos dias, y subí sobre cubierta á hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su pátria: — á mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

× A las seis levamos anclas, y el Vapor se puso en movimiento.

La mar estaba tranquila, y el sol acababa de ocultarse... Yo pensé lo que se piensa y sentí lo que se siente en semejantes circunstancias... Bendije con la intencion pátria, familia y amigos..., — y la campana me llamó á la mesa.

La sociedad que encontré á bordo, y á la cual pasé revista durante la comida y despues de comer, era toda extranjera... no para el buque, sino para mí y para otro español que se habia embarcado al mismo tiempo que yo, y con quien muy luego entablé amistad y confianza.

El *Philippe Auguste* volvía de Oran, y traía la coleccion de viajeros más rara y heterogénea que se haya visto jamás. ×

Primeramente, venía una compañía de zuavos, curtidos por el sol de Africa y avezados á las feroces luchas con los beduinos del pequeño Saha-

ra.—La oficialidad de esta compañía comió con nosotros en primera Cámara : la tropa hizo su rancho sobre cubierta.

X Vivaqueaban también allí unos veinte judíos, con sus estrambóticos trages y miserables rostros.

En otro lado callaban y no comían siete mahometanos, vestidos á la tunecina.

Por último, la Cámara de proa venía atestada de Hermanas de la Caridad, que se dirigían á cumplir su sagrada misión en los nuevos combates que iban á ensangrentar la Italia.

Toda esta gente formaba un pintoresco, singularísimo cuadro, que me traía á la memoria mi vida de Tetuan, ó sea los inolvidables espectáculos del segundo período de nuestra Guerra de Africa...

Hartado que me hube de contemplar aquel *poXtpourri* humano, bajé á mi camarote y me dormí tranquilamente, confiando en que el capitán del buque, el piloto y el timonel no se dormirían por su parte. X

Al día siguiente, cuando subí sobre cubierta, divisábanse todavía en lontananza costas españolas, las cuales ya delineaban sobre el cielo altísimos picos, ya adelantaban dentro del mar recios promontorios...

Era el litoral de Cataluña.—Todas las miradas se fijaron en aquellas remotas apariciones. Calculábase que estábamos enfrente de Barcelona, y la opulenta Ciudad de los Condes bien se merecía un respetuoso saludo de parte de la marítima caravana.

Tenia yo el remordimiento de salir por tercera vez de España sin conocer aquella gran capital; pero, siquiera entonces, y con ayuda de un antejo, la columbré á lo lejos, reclinada en el formidable monte y bañada por las olas...

Luégo se levantó del mar el Pirineo, cuya azulada mole, coronada de brumas, me infundió veneración y respeto, y despertó en mi alma recuerdos inmortales...—¡Aquel era el viejo antemural de España, en que se estrellaron tantos insignes conquistadores!—El poema de nuestra Independencia, escrito con sangre de cien y cien generaciones, acudió, pues, entero á mi memoria...—¡Cuántas veces, cuántas, vinieron sobre nuestra tierra, ya por el Septentrion, ya por el Mediodía, verdaderas inundaciones de guerreros, como un mar que quisiera sumergirnos!... Y desde Sagunto hasta Roncesvalles; desde Covadonga hasta Zaragoza; ¡qué lucha de titanes por defender la nacionalidad y el nombre de españoles! ora durase la guerra seis años, como la sostenida con Napoleon; ora ocho siglos, como la mantenida con los árabes, el resultado fue siempre el mismo; nuestra victoria y nuestra emancipación. ¡Ni un solo instante transigimos con el extranjero! ¡Ni un solo día yació en el ocio nuestra espada!

¡Qué diferencia entre nosotros y aquellos pueblos de Italia que yo iba á visitar; que pasan ó han pasado años y años bajo el yugo del invasor, subordinando su espíritu á la ley de la fuerza, comiendo y bebiendo sobre

el cadáver de la patria, y esperando ó llamando á gritos extraña ayuda para sacudir sus cadenas!—¡Ah! yo no concibo nunca que se obligue á nadie á ser lo contrario de lo que esté en su conciencia ó en su voluntad. El alma humana es impenetrable, inaccesible, independiente, y toda la sangre de nuestras venas debe correr en defensa de sus sagradas prerogativas. La vida es la garantía del honor. Antes debe terminar la una que menoscabarse el otro. *Potius mori quam fœdare.*

Pensando en estas y otras cosas por el estilo (pues el mar inspira siempre pensamientos grandes), pasé el resto del dia y vi llegar las sombras de la noche.

Ya habíamos dejado atras el Cabo de Creux y entrado en el temido Golfo de Lyon... Es decir: ya estábamos fuera de los mares de España: ya no era extranjero el Vapor *Philippe Auguste*: ¡el extranjero era yo!

Tal circunstancia y la oscuridad del nublado cielo conturbaron mucho mi espíritu durante esta segunda noche de navegacion.—No pude dormir, pues, y la pasé toda sobre cubierta.—Allí, apoyado en una banda del buque, veía deslizarse bajo mis ojos enormes masas de agua, que no despertaban ninguna idea en mi imaginacion, y que comparaba á veces, cuando su monotonía llegaba á fatigarme, á las densas turbas de personas desconocidas que encontramos en los paseos públicos, ó á ciertas largas séries de dias de nuestra vida, desprovistos de placeres y de dolores, que no dejan huella alguna en nuestra existencia.

Por último: á las diez de la siguiente mañana vimos alzarse por la parte de proa unas rocas amarillentas, que despues se fueron enlazando por medio de líneas verdes ó de suaves ondulaciones de montecillos azules...

Llegábamos á Francia: estábamos á la vista de *Marsella*.

A las doce penetramos en el bosque de mástiles que puebla hace muchos siglos su anchuroso Puerto.—El *Philippe Auguste* eligió su sitio en medio de aquel laberinto de buques de todas las naciones del globo, y echó el ancla.

¡Oh tristeza infinita! ¡Iba á desembarcar en tierra extranjera!

Os dispenso, lectores, de participar de las dos horas de vejámenes y molestias que son inherentes á un desembarco en condiciones semejantes. Vuestra admision y la de vuestras maletas van acompañadas, en Francia como en España, de tales investigaciones, interrogatorios y registros, de tantos plantones y compases de espera, y del contacto y comunicacion con tales gentes (las mismas en todas partes), que os hace abominar de la máquina social, si han de moverla siempre resortes tan abigarrados y groseros como las aduanas y la policia.

Lo que sí os referiré, á modo de muestra del carácter francés, es un ligero pero significativo lance que me aconteció al recobrar mi libertad y la propiedad de lo que era mio.

Estaba yo admirando *una vez más* (pues no era aquella la primera vez

que llegaba á Francia) la minuciosa prevision con que nuestros vecinos acogen y asisten á los viajeros; la comodidad de los salones de espera; las preciosas instrucciones que adquiere uno, sólo con leer en las paredes, acerca de lo que le conviene hacer en cada circunstancia y sobre la manera de hacerlo; la facilidad con que encuentra al alcance de la mano (y de su dinero) todo lo que puede desear al saltar á tierra (el *restaurant* á dos pasos, con los manjares humeantes y el café hirviendo; el ómnibus ó el coche preparados á la puerta; los precios de los hoteles, escrupulosamente detallado; el plano de la ciudad, los carteles de los teatros, las Guías, los Guías y los Intérpretes de todas lenguas), cuando subieron de punto mi asombro y mi admiracion al leer el siguiente aviso en un cartel incommensurable:

«A los señores viajeros.»

«La compañía de las Mensajerías Imperiales advierte á los señores que viajan en sus buques, que los *facteurs* (los mozos de esta sociedad) están obligados á llevarles *gratis* los equipajes á los hoteles. Suplica, pues, la compañía á los señores viajeros, que si algun *facteur* reclama-se ó aceptase cualquier gratificacion, den la oportuna queja en interés de la misma compañía y de la moralidad del servicio.»

(Aquí entra lo grande).

«*Juan Maria*, factor número 123, de 31 años de edad, natural de Avignon, admitió el día 8 de Abril de 1857, medio franco (16 cuartos) del viajero Mr. Golbmisth, el cual se quejó del caso, y *Juan Maria* fue exonerado instantáneamente en presencia de todos los demás factores. —(Había unas firmas y unos sellos).»

—¡Magnífico! exclamé. Esto es lo que se llama un país civilizado.

Y, como era de ene, recordé las cosas de España y las censuré en mis adentros en los términos mas duros.

Pocos momentos despues, un factor de la compañía de las Mensajerías Imperiales, vestido de gran uniforme, depositaba mis maletas (que habia llevado triunfalmente al hombro) en la puerta del *Hotel des Colonies*, y me alargaba la mano con la mayor naturalidad del mundo.

—Caballero (me dijo en su lengua, que sirve mucho mas que la nuestra para todos estos lances), ¿no hay nada para el factor?

Yo me quedé estupefacto.

—¡Desventurado! (exclamé). ¿No recuerda usted con horror la exoneracion de *Juan Maria*?

Mi hombre se echó á reir de una manera pavorosa, y replicó con mucho gracejo.

—¡Usted no se quejará como el otro! ¡Aquel viajero era inglés!

—¡Vaya por la Inglaterra! dije, alargándole unos sueldos, que me valieron una profunda reverencia.

Y volviéndome á mi compatriota y compañero de viaje, añadí con amargura:



—Primera farsa!

Pero hablemos seriamente.

Empiezo por participaros que al entrar en el Puerto de *Marsella*, pasé por debajo del *Castillo de If*, antigua y moderna Prision de Estado, cuya gran celebridad data de la novela *El Conde de Montecristo* en que tanto figura, sin que esto sea decir que antes no fuera ya célebre en la historia política y militar de Francia. Pero—yo 'no lo oculto—para mí, como para la generalidad de los humanos que leen, aquel Islote batido por las olas y coronado de torres de la edad media, es solamente famoso por ser teatro imaginario de la mas fantástica de las invenciones del genio de Dumas. Asi es que, al verlo, no puede uno menos de estrañar que exista realmente; si ya no es que crea que del mismo modo han existido *Dantés*, *Mercedes* y *Fernando*, y busque la casita de los pescadores en el *Barrio de los Catalanes*, ó espere encontrar á los sucesores de la *Casa Morrel* recibiendo ó despachando buques en el Muelle.

¡Oh poder del genio! (pensaba yo á este propósito) ¡Tú creas como Dios; y lo que imaginas y vivificas con tu fuego, tiene al fin la misma existencia que lo que realmente ha vivido!

Y si no, ¿quereis decirme qué diferencia hay hoy entre el *Edmundo Dantés* que, segun Dumas, vivió catorce años dentro de ese castillo, y el condestable de Borbon que, segun la Historia, lo sitiaba en el siglo XVI? O todo es verdad ó todo es mentira sobre la tierra.—La vida es sueño...; pero tambien el sueño es vida.

Con que sigamos adelante.

Hay dos *Marsellas*: la *Nueva* y la *Vieja*.

*Marsella la Vieja* es una ciudad árabe, de retorcidas cuevas y estrechísimas calles, sucia, misteriosa, sombría, habitada por la gente característica de la poblacion, por su levadura histórica, si me permitís la frase.

La *Nueva* es hermosísima; pero de esa hermosura oficial, general-insignificante, que es la misma en Cádiz que en Lyon, en París que en San Petersburgo: anchas calles; altos y uniformes edificios; plazas con árboles; lujosas tiendas; perfecto empedrado, y mucha gente, toda vestida del mismo modo, ó con pequeñas diferencias.

Inútil creo deciros que á mí me gustan mas las ciudades viejas, y que en ellas es donde me complazco en remover el polvo de los siglos ó en sacar *por la pinta* los parentescos de las naciones.

*Marsella la Nueva*, aparte de lo apuntado, es una de las capitales mas ricas y mas trabajadoras de Francia, y su industria y su comercio constituyen una fiebre continua, una actividad incesante, que comunica vida y movimiento á dos grandes rios; uno de esportacion, que se esparce por el Mediterráneo, y otro de importacion, que nutre y robustece el imperio de Bonaparte.

Quando yo la visité, hallábase muy adelantado el Puerto Nuevo de la

*Joliette*, obra colosal que engendra otras muchas; pues, trasladando de una parte á otra la gran entraña de la ciudad, arrastra en pos suyo lo mejor de la poblacion, que levanta centenares de palacios sobre peñascos ayer desiertos.—La proteccion directa de Napoleon y el genio de Mirés eran entonces el alma de aquella maravillosa y rápida transformacion.

Sin embargo, esto no quiere decir que *Marsella resucite*. *Marsella* no ha dejado de *vivir* durante miles de años. *Marsella* no hace mas que aprovechar algun tiempo perdido y colocarse de un salto á la altura de nuestra época.—Y es que esta ciudad, por su posicion geográfica, tiene que ser perpétua.—Yo me atrevo á llamarla *el Puerto clásico de Francia*: digo mas: yo creo que es la *Puerta principal de Europa*. E indudablemente: Europa se comunica por allí hace mucho tiempo con el resto del mundo. Los marselleses han visto desfilar por la gran calle de la *Cannebiere*, ejércitos y reyes de casi todos los pueblos del mundo, embajadas de los mas remotos países, viajeros chinos, indios, negros, americanos, japoneses, australes, y cuantas alimañas tenemos por prójimos sobre la tierra.—La posicion de Francia, enclavada entre las naciones que han llevado ó llevan la iniciativa en la política y la civilizacion del mundo, ha dado lugar á este privilegio.

Ni es de ahora semejante prerogativa. La antigua colonia focense, la despues Provincia romana, la que fue un tiempo Estado independiente, ya condal, ya republicano, ha tenido siempre este carácter cosmopolita; y bien lo denotan sus habitantes.—*Marsella*, como muchas ciudades marítimas del Mediterráneo, y en particular como Génova, refleja en sus costumbres, en el tipo de sus moradores, en su genio particular, la manera de ser de todos los pueblos vecinos á ella á través de las olas. Hay en los pobladores de la Ciudad Vieja y del Muelle no sé qué reminiscencias griegas, berberiscas, turcas, italianas y españolas, que ya se revelan por un accesorio del traje, ya por una palabra del dialecto, ora por un rasgo fisonómico, ora por una tradicion desfigurada. Es, en fin, *Marsella* un pueblo franco, anseático, levantisco; una confusion de gentes; un bazar de mercaderes y aventureros de todos los países; una patria *aleatoria*:—especie de metrópolis ó emporios que ha habido siempre, desde Sidon, Tiro y Cartago hasta Gibraltar...—que Dios confunda!

Volviendo á mi viaje, os diré que, no bien puse el pié en *Marsella*, dime cuenta de lo muy adelantados que están los franceses respecto de nosotros, en punto á lo que se llama *civilizacion*.

Sí, señor: advertí (como todos los españoles que penetran en territorio francés, y como yo mismo habia notado la primera vez que tuve tal honra) que el dinero empezaba á ser *eficaz* y *secundo*, ó, por decir mejor, *omnipotente*, y que, gracias á él, encontraba uno allí al alcance de la mano todos los regalos y comodidades... del cuerpo.—(Del alma ya nos ocuparemos más adelante.)—Advertí, digo, que la facilidad y *accesibilidad* de todo; el buen órden público y particular de todas las cosas... ma-

teriales; la seguridad inviolable que se disfruta... dentro de la ley; la inteligencia ecléctica con que están previstos y provistos vuestros menores deseos... lícitos ó ilícitos, cristianos ó musulmanes, sibaríticos ó ascéticos; el aseo, el gusto, el lujo y la adecuada proposición que resplandecen por doquiera; la humildad, la cortesía y el despejo de los servidores; la lógica, en fin, y la regularidad con que cumple su destino cada ser y cada objeto, cada semóviente y cada mueble, contrastan de una manera horrible con todo aquello que experimenta el pobre francés que se atreve á viajar por España...

Pero cosa es esta que estudiaremos más despacio en París.—Acabará con Marsella diciendo que su sol, su cielo, su feracidad; la facundia, buen humor y vehemencia de sus habitantes, así como el tipo general de estos, recuerda más á Andalucía que á ningún otro departamento de la Francia.

Tal pensaba yo á lo menos aquella tarde, tarareando la frenética *Marsellesa* por el gracioso Paseo del *Prado*,—especie de cornisa tallada en la roca sobre las espumas del agitado mar.

Y á veces se me olvidaba que estaba en Francia, ó me empeñaba en creer que me encontraba en España; y para convencerme de lo cierto, tenía que fijar mis ojos en la muchedumbre de obreros y marineros, vestidos de lienzo azul; en los negociantes que venían de la Bolsa en animado tropel, todos con sombrero de paja, que es su convencional distintivo; ó en las mujeres del pueblo, adornadas con una gorra blanca, semejante á la de nuestros niños recién nacidos.

Dichosamente, el sol, el mar, el aire, el cielo, las montañas, las aves, el humo azulado, la blanquecina niebla, y los mudables tornasoles de las nubes no cambian en ninguna parte, y le dicen al alma entristecida que no todo es extranjero fuera de la patria.

## II.

### DE MARSELLA Á PARIS.

A las diez de la noche, con tiempo lluvioso, pero agradable, salté de Marsella en el tren *express*, que debía llegar á París en veinte horas.—Era esto atravesar casi toda la Francia como en un sueño, y en verdad os digo que durmiendo hice la tercera parte del viaje.

Para ello tuve que defenderme de las ganas de hablar y afán de saber de cierto comerciante de Lyon, que sin duda había dormido perfectamente la noche antes, y que se propuso pasar aquella completando sus *profundos conocimientos* acerca de las costumbres españolas.

Mucho se ha escrito y hablado acerca del absurdo juicio que tienen formado de España los extranjeros, y motivos había para creer que, si quiera últimamente, gracias á la rapidez de las comunicaciones y á la prodigiosa multitud de medios de publicidad, hubiesen rectificado algo sus ideas; pero yo me encontré con un buen señor, muy rico y civiliza-

do; que educaba á sus hijos en los primeros colegios de París; que habia estado en Inglaterra y Alemania; que mantenía relaciones comerciales con toda Europa; que habia sido alcalde en Lyon (la segunda capital de Francia), y que estaba, sin embargo, tan en ayunas acerca de las cosas de España, como yo puedo estarlo acerca de las cosas del Japon.

Dígolo, porque de las preguntas y observaciones que me hizo, deduje que el insigne comerciante creía: 1.º que en nuestro país no se usaban pantalones; 2.º que la poblacion se componía de frailes y toreros; 3.º que sólo se viajaba en él á caballo y en grandes caravanas; 4.º que la Guerra de Africa habia consistido en que el emperador de Marruecos alegaba derechos á la corona de Isabel II, y otras muchas cosas por el estilo, que siento no recordar ahora.

Yo le dije que sí á todo.—¿Qué mejor castigo de su ignorancia que la ignorancia misma?

Por lo demás, á fuer de salvaje, me dormí tan luego como me dió sueño, sin reparar en que todavía me estaba hablando aquel pobre hombre.

Cuando me dormí, ya habia pasado el tren por el famoso *Túnel de la Nerthe*, de cuatro mil seiscientos diez y siete metros de longitud y á doscientos piés de máxima profundidad. Veinte y cuatro pozos dan ventilacion á aquel inmenso subterráneo que cruzamos en unos ocho minutos; y en verdad os digo que, cuando salimos de él y el aire de la noche y la luz de la luna penetraron en el coche, todos respiramos con fuerza y alegría, como si la inmensa montaña que acabábamos de taladrar, hubiera estado gravitando sobre nuestros hombros.

En cambio, el sueño no me permitió saludar á la histórica *Arles*, célebre por sus monumentos romanos, ni á la noble *Avignon*, residencia un tiempo de la Santa Sede y teatro de los amores de Petrarca.

Y durmiendo tambien, pasé por *Orange*, de grandes recuerdos paganos; por *Montelimart*, donde á un paisano mio le sucedió todo lo que cuento en mi articulejo titulado «¡*Viva el Papa!*»; por una *Valencia (Valence)* no menos ilustre en la antigüedad que la Valencia de España, y hoy capital importantísima; por *Vienne*, en fin, rica en monumentos y productos.

Apénas recuerdo haber oido entre sueños el nombre de estos pueblos, dicho á voces por los empleados del ferro-carril...

Y á la verdad, siendo como era de noche, poco más hubiera sacado en claro con estar despierto.

El grito que tuvo el privilegio de despabilarme completamente, fue el de:

—«¡*Lyon!* ¡*Lyon!* ¡*Quince minutos!* ¡*Preparad vuestros billetes!*...»

Abrí, pues, los ojos... y la luz del sol me obligó á cerrarlos de nuevo.

Porque el sol salía en aquel instante.

El francés de las preguntas había desaparecido.

Aunque estuve en *Lyon* muy poco tiempo; ó, por mejor decir, aunque verdaderamente no he estado en *Lyon*, este nombre despertará siempre en mí un indeleble recuerdo.

Hablo del panorama que presentaba la gran ciudad manufacturera, vista desde el soberbio Puente de la *Gare*. Estaba saliendo el sol, como he dicho: flotaban aún en la atmósfera las húmedas nieblas del amanecer, y la intensa luz del astro-rey, hiriéndolas horizontalmente, circundaba á *Lyon* de un ambiente de oro, en medio del cual se dibujaban con vigor los nobles y altísimos edificios de la ciudad, sus anchas calles, los Muelles, los repetidos Puentes, las innumerables chimeneas de las Fábricas y las torres de las Iglesias. Todo esto aparecía bañado de una misma tinta fantástica, dorada, sobrenatural, que lo hermo seab a y engrandecía al mismo tiempo, recordándome ciertas decoraciones teatrales que he visto y que representaban á Ninive ó á Babilonia.

Pocos momentos despues empezarian el ruido y el movimiento en la gran capital; pero en aquel instante *Lyon* permanecía aun en brazos del sueño. El sol se paseaba solitario por sus desiertas calles, como acontece siempre á los grandes madrugadores: las chimeneas de las fábricas, esos modernos obeliscos, no arrojaban todavía humo; ni se oia mas ruido que el alto rumor del Ródano y del Saona, ó el son de alguna que otra campana que llamaba á la primera Misa.

Yo no he visto nunca una ciudad tan muerta y tan viva al mismo tiempo; tan llena de luz y tan privada de voz y animacion.—Y es que en *Lyon* penetra el sol de lleno tan luego como amanece, á causa de lo muy descubierta que se halla su horizonte hácia Levante...

Baste deciros que desde el Puente en que yo me encontraba, veia claramente las cimas de los Alpes, los cuales me llamaban con secretas voces.

—*¡Esperadme!* les dije...

Y á la verdad, me esperaron demasiado tiempo.—París, á donde me dirigia, con propósito de permanecer en él una semana, debia de ser para mí lo que la Isla Afortunada para Reinaldo.—*¡Ay!* el extranjero en París es la sal en el agua...

Pero no adelantemos los sucesos.

Los cuatrocientos ó quinientos viajeros que constituíamos la poblacion nómada del tren-correo, y que tan de mañana hacíamos aquella visita á los leoneses, descendimos á la magnífica Estacion en busca del desayuno, y en el soberbio salon del *buffet* se nos unieron unos cien pasajeros más, que aguardaban allí nuestra llegada.

En los viajes por ferro-carril es este un momento sumamente divertido. En la elegante Francia sobre todo, pásase un buen rato viendo tanta lujosa viajera, tanta solitaria beldad, tanta pareja non-sancta, y

tanto gracioso capricho en los trajes como dá de sí la arraigada *civilización* de nuestros sensuales y despreocupados vecinos.—Al menos, para los que ven estas cosas como yo las veía entonces, despues de algunos años de no haber atravesado las fronteras patrias, ofrecen un particular encanto las costumbres francesas, tan libres, tan ocasionadas á lances y aventuras, tan novelescas, en fin, si se las juzga por el prisma de la circunspeccion española y con absoluto olvido de la moral...

Cierto es que al cabo de algunos días pierde su prestigio este encanto, que no está en las cosas, sino en nuestro inocente corazon, y se hastia y disgusta uno de tanta libertad, de tanta facilidad, de tanta ocasion como ofrecen al arbitrio del extranjero los hábitos audaces, independientes, piráticos de aquellas heroínas tan accesibles, que hacen una novela diaria, y casi siempre no *gratis*, ni mucho menos *ad-amorem*...—Pero lo repito; entre tanto que *se aprende á ver*, es un ardiente pasto para la imaginacion el encontrar por todos lados figuras ideales (en la forma), de una elegancia y distincion que pasarían por *principescas* en la Fuente Castellana de Madrid; jóvenes bellísimas, artísticamente envueltas en clásicos mantos, viajando solas y consagradas á la lectura de alguna novela de Balzac; púdicas inglesas, que viven soñando y recorren la Europa (éstas legalmente acompañadas) en busca de peligros; alegres muchachas, por último, que comen, rien, cantan y hablan con todo el mundo, sin que una operacion estorbe á otra; llenas de gracia y talento, de esperiencia y desenfado; que os esplican en un dos por tres la razon de todo lo que va pasando en el viaje, las distancias, los monumentos, el país, la política, vuestra comodidad, la suya, la economía, los gastos útiles y los supérfluos; tales cosas, en fin, que os quedáis admirado de que en aquella cabeza rubia y suave de diez y siete años quepa tanto cálculo, tanto juicio, tanta prosa, tanta reflexion, tanto análisis...

Y no digo mas sobre *Lyon*.—Ya hemos tomado café: sigamos nuestro camino.

Las doce horas restantes de viaje (durante las cuales recorrí otras ochenta leguas, y ví pasar ante mis ojos, á la manera de rápidas exhalaciones, Capitales importantísimas, Ciudades históricas, centenares de Pueblos de mucha consideracion, y mas de mil Aldeas y Caseríos diseminados á los dos lados de la via) fueron para mí de un incésante asombro y continua admiracion al observar la incalculable riqueza de la Francia; sus campos convertidos en jardines (y allí es campo todo el territorio); las montañas ennegrecidas por el arbolado salvaje; los valles cubiertos de alamedas; las más escarpadas laderas puestas de viña; y las amplias llanuras, cuidadosamente cultivadas, llenas de graciosas cercas, de frutales en todas las lindes, de acueductos, de puentecillos, de presas, de brazales, de acequias y de balsas.

Y todo esto, combinando la utilidad con el gusto, dispuesto con coquetería, embelleciendo el paisaje, consultando la perspectiva. Es decir,

que hay trabajo supérfluo; que falta tierra y sobra laboriosidad; que se ve el amor al suelo que produce el pan de la vida; que se mima y adula á aquella esquivia Cérés, de quien solo el sudor y las lágrimas arrancan anualmente los apetecidos frutos.

—¡Qué contraste con la agricultura de muchas regiones de España!— ¡Ay! si: en Francia, los ganados de todas especies que encontrais (millares de vacadas, de yegudas, de rebaños de ovejas y de cabras, de piaras de cerdos y de ejércitos de pavos y de patos); la infinidad de caminos vecinales que atraviesan por encima, por debajo ó al nivel de las líneas férreas, todos tan perfectamente contruidos y conservados como si fuesen paseos públicos; el aseo y compostura de las gentes del campo; su salud y robustez; la multitud de carros, de diligencias y de ramales de ferro-carril que se cruzan en todas direcciones, llevando la vida y el movimiento á las aldeas mas ocultas, á las mas árduas montañas; las fábricas, los molinos, las casas de recreo, los canales de riego y navegacion; tantas y tantas muestras como se ven por todas partes del espíritu de orden, del afan de perfeccion, de la refinada economía, del decoro y justo orgullo de las clases trabajadoras del Imperio, hacen pensar en lo que seria nuestra España si fuese objeto de tan solícitos cuidados, si se roturasen sus tierras vírgenes, si se canalizasen sus rios, si se hiciesen caminos y presas; si tanto ocioso, tanto mendigo ó tanto aventurero como vaga por la Península, ó la abandona para poblar á Argel y las Américas, se dedicase á enriquecer y hermohear el suelo patrio y á enriquecerse y ennoblecerse á sí mismo!

Ni creais (los que no conoceis á Francia) que hay exageracion en lo que os he dicho del prolijo esmero con que está labrada toda aquella tierra.—Básteos saber que allí los ferro-carriles y las carreteras son calles de árboles nunca interrumpidas: la cual quiere decir que la Francia está atravesada lo menos en cien sentidos por alamedas pomposas de doscientas y más leguas cada una.—Esto no me lo ha dicho nadie: lo he visto yo, recorriendo como he recorrido aquella nacion desde los Pirineos hasta los Alpes, y desde el Mediterráneo hasta la Normandía.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os indicaré las principales cosas que llamaron mi atencion en aquella vertiginosa carrera.

Recuerdo en primer lugar los famosos viñedos de la *Borgoña*, y la emocion que me produjo el encontrarme en aquel antiguo Ducado, tan guerreador y poderoso en otros tiempos.

Una vez en *Macon*, capital de Departamento, divisé á lo lejos, desde un magnífico puente de trece arcos, la gigante cumbre del *Mont-Blanc*, siempre nevada...

¡Cerca de cuarenta leguas distaria de allí el Rey de los Alpes y de todos los Montes de Europa, y su blanca cima se percibia sin embargo con tanta claridad como si solo distase cuatro ó cinco leguas!...

Ya en adelante, seguimos casi siempre las orillas del *Saona*, cauda-

loso río, sembrado á veces de pintorescas islas, que parecen otros tantos pensiles. A las dos márgenes de la magestuosa corriente encontrábamos á cada paso limpias y graciosas ciudades, medio escondidas entre pámpanos y arbolado. Innumerables riachuelos confluían al *Saona* (feudatario luégo del opulento *Ródano*), y sus límpidas aguas, que este año han sobrevivido al estío, prestaban voz, fulgor y vida á tan delicioso paisaje.

Después de saludar algunos viejos castillos y de pasar dos ó tres puentes colgantes algo atrevidos, cruzamos por delante de *Beaugeu*, de renombradas uvas, y unó de los primeros lagares de la *Borgoña*.

El *Saona* seguía cuajado de islas.

Las ondulaciones suaves del terreno hacen muy graciosa la subida hasta *Chalon*, ciudad que no debeis confundir con el *Chalons* de la *Champagne*, muy más ilustre que este, como que en aquel fue derrotado Atila y hoy tiene Napoleón un brillante Campamento, mientras que en *Chalon-sur-Saone* sólo hay de notable los campanarios góticos, los buenos vinos y las perlas falsas.

La *Beaune* (otra gran ciudad) mengua un poco la riqueza del suelo; pero pronto resucita más feraz y poderosa al acercarse á

*Dijon*, capital de Departamento y córte de la antigua *Boryoña*. El aspecto de la ciudad es soberbio, y la coronan altísimas torres góticas.— Aquel es el punto mas elevado del camino de Marsella á París. Allí se separan las aguas que van al Océano de las que van al Mediterráneo.

Detrás de *Dijon* hay una gran cordillera (los Montes de la *Costa de Oro*), que antes esquivaba la carretera, teniendo que rodearla tímidamente. Hoy la ataca de frente el audaz ferro-carril y la perfora por su mayor densidad, dando márgen á maravillosas construcciones.

Pásanse primero largos viaductos y forminables desmontes; luégo un túnel de trescientos veinte y ocho metros, é inmediatamente después el célebre *Subterráneo de Blaisy*, que tiene mas de una legua francesa de largo, y quince pozos de ventilacion de doscientos metros de profundidad algunos de ellos.

Cinco minutos se emplean en atravesar este segundo túnel. A la salida hay un viejo castillo señorial, cuyo pasado ignoro; pero que hoy sirve de ornamentacion á aquella atrevida obra y de manida á los guardas del ferro-carril.

En adelante la comarca se accidenta y embravece cada vez más. Yo dudo de que en Francia haya otro terreno tan áspero y salvaje como aquel. Allí fue donde las francos disputaron el paso durante muchos días á los ejércitos de César. Allí habrán pasado tambien mil cosas que yo no sé. Pero considerando la índole belicosa de los borgoñones, la importancia de aquel desfiladero y lo que dice la historia acerca de los muchos conquistadores que se han paseado por Francia en todos tiempos, me atrevo á asegurar que no habrá una sola piedra, entre todas las que yo veía, que no esté reteñida de sangre humana.

Habíamos dejado el lecho del *Ródano* y entrado en el del *Sena*. El país



se dulcificó paulatinamente. Desfilaron ante nuestros ojos algunos Castillos, unos de pié y otros arruinados, notables entre ellos el de *Rochefort*, cuyos inmensos escombros causan espanto, y el de *Lovois*, que se restauraba á la sazón, y penetramos en otro túnel de mil metros, que nos trasladó en pocos instantes á una preciosa aldea, llamada *Taulay*, coronada por una fortaleza de la edad media, cuyo aspecto, así como el de la población, no podía ser más romántico ni pintoresco.

En seguida se presentó otro túnel de quinientos cuarenta metros y llegamos á la ciudad de *Tonerre*.

Habíamos salido de la *Borgoña* y entrábamos en la *Champaña*.

¡Ah! yo detesto los viajes en ferro-carril. Es cruel, es impío, pasar de este modo por insignes ciudades y memorables territorios sin detenerse á saludarlos. Es una constante profanación que deja remordimientos en el alma. Parece como que se desprecia ó se iguala todo; como que se da poca importancia á aquellos vetustos pueblos que nos esperan hace miles de años sentados á la vera del camino, y á quienes dejamos atrás sin preguntarles su nombre y su historia ni rendir culto á su glorioso pasado.

—Estamos en la *Champagne*... (piensa cuando más el viajero) ; *Champagne!*... ¡*Champagne!*... Esta es la patria de *aquel vino*...

Y en efecto; á medida que adelanta por el país, le salen al encuentro aldeas y ciudades cuyos nombres recuerda haber leído toda su vida, á la hora deliciosa de los postres, en la etiqueta de ciertas gordas botellas muy dadas á los brindis, al sentimiento, á la inspiración, al amor de segunda clase y al cambio de provocaciones y tarjetas...

Después de *Tonerre*, se pasa un buen Puente colgante, y el Canal de *Borgoña*, y muchas quintas, y los pueblos de *Flogni*, *Saint-Florentin*, *Briennon*, *Laroche*, *Joigni*, *Saint-Julien* y *Villeneuve*, y se llega por último á

*Sens*, la ciudad gala, cruzada de arroyos, rodeada de vides, coronada de torres, cuyas campanas tienen una reputación europea.

Yo no las oí sonar en los tres minutos que estuve en *Sens*.

En compensación aprendí que allí se hacia ya navegable el *Yonne*.

Más, ¿para qué?—Para morir muy luego en el *Sena*...

¡Salud al *Sena*! Hé aquí sus amarillentas aguas, pobres é inocentes, pasando en este momento por rústicos parajes, y destinadas á reflejar muy pronto palacios imperiales, grandiosos monumentos, puentes maravillosos, y á ser la vida y el alma de la espléndida ciudad de París.

De todas las imágenes que he leído en los poetas, ninguna recuerdo, más exacta que la que compara á los grandes rios con los grandes hombres, nacidos en pobre cuna, criados en oscura senda, iluminados luego por toda la luz de la gloria, moradores de alcázares y jardines, y sepultados al fin en el Océano de la Eternidad, que devora á chicos y grandes y los confunde en sus abismos misteriosos.

¡Y ved qué coincidencia! Aquí se nos presentan unidos el gran rio y el grande hombre. Estamos en *Montereau*.

*Montereau* es una de las últimas glorias de Napoleón I. En 1814 derrotó allí á los aliados. ¿Quién no recuerda aquella campaña en que batió cuatro ejércitos y alcanzó doce victorias en treinta días? ¿Quién no recuerda aquel supremo esfuerzo de desesperación que costó noventa mil hombres á un enemigo tres veces más numeroso que sus tropas, y que á él le costó el Imperio, á pesar de no haber sufrido un solo descalabro?

No: los aliados no le vencieron. Ellos luchaban ya contra un cadáver galvanizado. Napoleón el Grande no se vió rendido ni tuvo que retroceder sino dos veces: en España, delante de nuestros padres, y en las estepas de Rusia, delante de los rigores del invierno.—1814 y 1815 son las convulsiones del águila moribunda.

Pero hénos en *Fontainebleau*. Ved allí sus bosques y sus palacios.

Verdaderamente, es una perspectiva encantadora...—¡Y cuántos recuerdos desde Luis el Joven hasta Francisco I; desde Luis XIV y la Maintenon hasta Bonaparte despidiéndose de la Guardia imperial!—Allí Pío VII...

Pero se marcha el tren. Supongo que estais enterados de la prision que sufrió allí aquel Papa por órden del primer Napoleón...—Con que volvamos al coche.

Mas allá de *Fontainebleau*, hube de admirar aun el *Castillo de Vaux*, recuerdo del infortunado Fouquet, y la graciosa posicion de la ciudad de *Melun*, tan célebre en la antigua historia de Francia.

A eso de las cinco de la tarde, y despues de pasar por un sorprendente *Viaducto* de veinte y ocho arcos, de diez metros de anchura cada uno, el paisaje llegó á un inconcebible grado de animacion y de hermosura.—Las quintas, los palacios, los jardines se sucedian ya sin interrupcion.—Los campos aparecian tan poblados como una ciudad, y eso que aún faltaban bastantes leguas para llegar á París.—Por todas partes no se veia más que belleza y lujo, como en un Parque Real, ó como si todo el Departamento del Sena fuese una finca de recreo.

¡Cómo se adivinaba la proximidad de la opulenta metrópoli, de la gran capital, de la fastuosa Lutecia!—Asi, en la antigüedad, las grandiosas *villas* diseminadas por la campiña de Roma, anunciarian al viajero, con muchas horas de anticipacion, que se acercaba á la Ciudad que era entonces lo que es París en nuestra época (por mas que lo nieguen ó sientan los ingleses y los alemanes): la reina del universo.

El tren pasó por último al través de la recia muralla que rodea á la capital.

Mas de veinte convoyes, que entraban ó salian en aquel instante, rugian ya á nuestro alrededor.

Habíamos llegado á uno de los centros más importantes del movimiento humano.

Yo no pudiera daros una idea del número de máquinas y coches, ni de la cantidad de rails, traviesas, carbon y otras materias que ví al paso en los inmensos almacenes que cercan la estacion. Asombraba que el

hombre pudiese acumular ni consumir una suma tal de productos de la tierra.

Y como siempre que contemplo semejantes espectáculos, entróme miedo del porvenir, ó sea miedo de que lleguen á agotarse las minas y los bosques y de que nuestros hijos se encuentren con una naturaleza explotada, esquilhada, empobrecida por nuestros locos despilfarros.—Los economistas me han dicho que no hay nada que temer; y yo sé perfectamente que todos los Gobiernos que merecen este nombre se ocupan del fomento de los montes, de la ganaderia, del arbolado y de la mineria con el mismo celo que de los intereses morales de la humanidad... Pero ni por esas me tranquilizo completamente.

Con que demos treguas por ahora á toda grave cavilacion. Ha llegado el momento de dejarnos arrebatat locamente por el huracan del Siglo...

¡Lectores de novelas! con vosotros hablo... Estamos dentro de *Paris*; en el teatro donde han acontecido ó podido acontecer tantas escenas maravillosas, sentimentales, heróicas y divertidas como registran las obras de Balzac, de Dumas, de Soulie, de Jorge Sand, de Paul de Koc, de Eugenio Sue y demas autores que os han llenado la cabeza de fantasmas.—Seguidme, y redoblad vuestra atencion.

### III.

#### LOS BOULEVARDS DE PARIS.

La soberbia y monumental Estacion en que hemos echado pié á tierra no se encuentra, como parecia natural, á las puertas de *Paris*, sino muy dentro de la poblacion, tocando á los mismos *boulevards* (que es como quien dice á la parte más bella y clásica de la moderna Babilonia); de lo cual resulta que, al salir de aquel edificio, queda uno sorprendido agradablemente al verse de la confluencia de hermosísimas calles, amplias, uniformes, perfectamente embaldosadas; rodeado de altísimos edificios, lujosas tiendas, bellos monumentos é innumerables carruajes; y formando ya parte de la apretada muchedumbre que va y viene por todos lados.. lo mismo que iria y vendria si vos no hubiérais ido ni venido á parte alguna.—La Capital recibe como si tal cosa aquel refuerzo de mil almas que le entran por una sola puerta, mientras le estarán entrando otras diez mil por las demás. Algunos besos y abrazos en francés acogen á este ó aquel viajero: los cocheros y los comisionados de los Hoteles os impacientan un poco con sus proposiciones, y al cabo de un instante todo queda tranquilo.—Asi desaguan los rios en el mar.

Yo tenia decidido ir á parar al *Hotel de l' Empire*, por recomendacion de mi compañero de viaje. Sin vacilar, pues, entramos en un coche y emprendimos aquel camino.

A pesar de hallarse la Estacion tan dentro de *Paris* y ser la Calle Nueva de San Agustin (á donde nos dirigiamos) una de las más céntricas de

la capital, todavía tuvimos que recorrer una legua de calles y plazas para ir de una parte á otra; y como el cochero nos llevó por todos los *boulevards*, que son la principal arteria de París, *formamos* en la masa de coches que van y vienen sin cesar por aquella importante via, y pasamos revista lo menos á doscientas mil almas que discurrían por sus anchas aceras.

Al atravesar la *Plaza de la Bastilla*, saludé con respeto la *Columna de Julio*, levantada en el mismo sitio que ocupó antes aquella odiosa prisión de Estado.

El monumento destruido y el erigido en su lugar resúmen toda la historia de Francia, las abominaciones de todas las épocas los errores de todos los partidos. El *Genio de la Libertad* que corona la actual columna, con las alas doradas tendidas al viento, parece como que se dispone á abandonar la tierra.— Pero no filosofemos todavía.

Del *Boulevard-Beaumarchais* entramos en el del *Temple*, de aquel el de *San Martin*, de este en el de *San Dionisio*, luégo en el de la *Bonne Nouvelle*, despues en el de la *Poissonniere*, á continuacion en el de *Montmartre*, en seguida en el de los *Italianos* y por último en el de los *Capuchinos*.

Los *Boulevards*, son, como ya sabreis, la antigua *ronda* ó camino de circunvalacion de *París*. Todo lo construido al otro lado de ellos, y que es hoy la parte más importante y lujosa de la ciudad, conserva por aquella razon el nombre de arrabales (*faubourgs*). De aquí es que en los *Boulevards* se encuentran todavía, aisladas y convertidas en puro adorno, muchas de las antiguas Puertas de *París*, Arcos de triunfo casi todas ellas, que merecen conservarse por su forma monumental y por los recuerdos que despiertan en el transeunte.

La estensísima calle formada por la sucesion de los *Boulevards* ostenta á un lado y á otro una serie no interrumpida de tiendas, almacenes, teatros, hoteles, cafés, *restaurants* (fondas), y todo género de talleres, bazares y exposiciones. Y como el fuerte de los franceses es anunciar y exhibirse, resulta que todos aquellos establecimientos públicos se hallan más en la calle que dentro de las casas, pudiendo decirse que los mismos *surtidos* sirven de *muestras*. Si: en las puertas, en los pilares que las separan, en los balcones, en todas partes veis hacinados los géneros, ó artísticamente colocados, llamandoos la atencion por sí mismos y no por medio de rótulos y letreros. El platero tiene toda la plata en la calle, el sastre toda su ropa, el joyero todas sus alhajas, el fondista todos sus manjares, el librero todos sus libros.

De esto hay algo ya en Madrid y en otras capitales de España, pero no de una manera tan absoluta como en *París*.—En *París* todo es anuncio, desde el tejado hasta el sótano: todo lo encontrais hecho y al alcance de la mano; y si os descuidais, os lo hallais en el bolsillo. Con dar un paseo por los *Boulevards*, vereis todo lo que ha inventado y descubierto el hombre, todo lo que puede necesitar; lo útil y lo supérfluo; lo



PLAZA DE LA CONCORDIA EN PARIS.



indispensable, y lo caprichoso; la satisfaccion de todas las virtudes y de todos los vicios; lo preciso para el pobre; lo más barato, lo más económico, lo que lo alimenta y viste casi de balde; y lo más lujoso, más bello, más nuevo y más raro que puede antojársele al rico.

Tambien es de notar la perfecta gradacion que se advierte en todo, cuando se recorren uno tras otro los nueve *Boulevards* citados.—Cada uno de ellos parece pertenecer á una ciudad diferente, que va siendo más opulenta y más hermosa á medida que caminais del de *Beaumarchais* al de los *Capuchinos*.—Al principio las casas son feas; los almacenes contienen objetos usados, ropas viejas y artículos baratos; las gentes que discurren acá y allá son pobres, sucias, artesanas; los teatros de último órden; los cafés pequeños y oscuros. Avanzais, y los edificios mejoran, la poblacion es más elegante, el comercio más rico. Asi vais pasando de los harapos á la limpieza, de lo usado á lo nuevo, de la estameña al algodón, del hilo á la seda, del pino á la caoba, del hierro al oro, del paño al terciopelo, del ómnibus al elegante cabriolé, del menestral al príncipe, del *Estaminet* al Café monumental, del humilde tenducho al bazar aristocrático; y cuando, por una lenta progresion, llegais al *Boulevards Montmartre*, os encontrais en un centro tal de lujo y de belleza, de gracia y de coquetería, de ostentacion y de comodidad, que no lo concibe mayor la imaginacion.

Esto nada tendria de notable si se tratase de calles diferentes: todas las grandes ciudades se componen de barrios miserables y centros lujosísimos. Pero lo que llama aquí la atencion es que, sin salir de una sola calle, paseis revista á todas las clases de la sociedad, á todos los estados de fortuna, á todas las capas de la multiforme poblacion parisiense, pareciéndoos que recorreis la historia de la fastuosa capital, que veis un cuadro sinóptico de sus progresos, ó que vais siguiendo la vida de un individuo, nacido en la indigencia, que se eleva paso á paso al mayor grado de riqueza y poderío...

Pero hemos llegado al *Hotel*.

#### IV.

PARIS, METRÓPOLI DEL MUNDO.—LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

Suponiendo, lectores, que la *civilizacion* es una gran pirámide que los hombres han levantado sobre la tierra, como en otro tiempo la Torre de Babel (y perdonadme la vulgaridad de esta comparacion en gracia de su exactitud), podemos asegurar, sin miedo de ser contradichos, que el lugar en que nos encontramos en este momento constituye la cúspide de esa pirámide, ó sea la suprema altura á que ha llegado nuestro siglo,—el mayor de los siglos... si no mienten los periódicos.

No: nadie lo negará.—Europa es la patria de la ciencia y del poder que hoy prevalecen en el planeta que habitamos: Francia es la cabeza de

Europa: *Paris* es el cerebro de la Francia, y la *Plaza de la Concordia* es, como si dijéramos, el occipucio, la coronilla de *Paris*.—Nos hallamos, pues, lector amigo, el Himalaya de los pueblos, en su escelsa cima, en el sumo vértice de la gran cordillera social,—cordillera en que España (repetido sea sin amargura) no se alza aún lo bastante (segun la última medicion inglesa) para ser clasificada entre las eminencias de primer órden.

Pero seamos circunspectos, que el sitio en que nos encontramos lo merece ciertamente.—Estamos, como quien dice, en el corazon de la sociedad humana, en su centro de vida, en el laboratorio de la historia contemporánea. En torno nuestro se alzan los templos de los modernos dioses. Estamos en la Babilonia, en la Atenas, en la Roma... (y bien pudiéramos decir tambien en el Escorial) del siglo XIX.—*Paris* es hoy la metropóli del universo, como lo fueron en otros dias las tres ciudades y el convento que acabo de citar.

Pekin y Lóndres son más estensos y más populosos que *Paris*. Pero no tienen su poder, su influencia, su fuerza de atraccion. *Paris* lo invade todo y todo se lo asimila. Es el modelo imitado por los más remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo.—El español ó el turco que adopta los usos de Lóndres, por ejemplo, es un estravagante: el que adopta los de *Paris* es un hombre *comm' il faut*.—*Paris* se ha impuesto al género humano. El hace y deshace reputaciones y figurines. El crea necesidades, inventa placeres, proscribte tradiciones, estirpa creencias, forja verdades convencionales, da leyes y trabajos á toda la humanidad.—*Paris*, pues es el árbitro, dictador de nuestra época, y nada será más justo que hacerlo responsable del porvenir de Europa.

Porque no lo hemos dicho todo: *Paris* (desde hace algunos años) ha reunido á su gran poder moral, un poder material (político y guerrero) de los más colosales que registra la historia.—El Imperio del primer Napoleon era más vasto que el de su Sobrino; pero la voluntad de éste es mucho mas eficaz, mas eficiente, mas poderosa. Aquel reinaba nominalmente en media Europa: este la gobierna toda entera. El uno mandaba: el otro influye. Napoleon I conquistaba, dominaba, aprisionaba ejércitos y naciones: Napoleon III lo descompone, lo disuelve, lo desorganiza todo. El difunto era una violencia: su heredero es una enfermedad.

Hace muy poco tiempo, Rusia é Inglaterra, las aliadas de 1815, se repartian el señorío de la tierra y de los mares. San Petersburgo representaba la autoridad: Lóndres la revolucion. El Derecho antiguo miraba atribulado hácia el palacio de los Czares: la Libertad perseguida ponía su esperanza en Vittehall. El poder político y militar de la Francia de Luis Felipe era por tanto completamente nulo.—Hoy acontece todo lo contrario: Francia ha vencido á Rusia en el terreno de las armas, y á Inglaterra en el terreno diplomático. Despues de *Sebastopol* y *Villafranca*, Napoleon ha absorbido ambos poderes, haciéndose á un mismo tiempo dis-



pensador y árbitro de la Autoridad y de la Revolucion, de la paz y de la guerra. La resistencia conservadora y la iniciativa disolvente residen en su mano. Lo que se hunde, él lo derriba: lo que subsiste, él lo mantiene. Una palabra suya puede cambiar en una hora la faz política, el estado social y los límites de las naciones europeas, y (lo que es mas grave) esa palabra temerosa puede hundir en un momento el Edificio amasado durante veinte siglos, la mas grande institucion de la historia, el poder mas respetado y combatido en todos tiempos;—el Pontificado romano.

En *Paris*, por consiguiente, y en esta misma Plaza, se levanta el moderno Capitolio.—No es ya solamente el blando yugo de sus costumbres, de sus artes y de sus letras el que impone al universo, sino tambien la coyunda política y religiosa; la ley discrecional de las armas.—Y si no, ved:—De aquí parten los rayos que derriban á los reyes de sus tronos ó levantan á los pueblos de su tumba. Hacia aquí tendian las manos supplicantes los soberanos de Toscana, Módena, Nápoles y Parma. Aquí se ha ungido rey de Italia el belicoso Duque de Saboya. Aquí se hace soñar al rey de Suecia con un Imperio Escandinavo, y al rey de Prusia con un Imperio Aleman. Aquí halló la salvacion la agonizante Turquía. Aquí se decretó la muerte del Austria y se alentaron las esperanzas de la Hungría y de la Polonia. De aquí han salido los incansables soldados que hoy guerrear en la Conchinchina, los que turban el secular silencio del Celeste Imperio, los que ocupan á Roma y son el único baluarte del poder temporal de la Santa Sede, los que recorren la Siria en nombre de la humanidad y de la religion de Cristo, los que imperan en la Argelia desde el Mediterráneo hasta el desierto de Sahara; y esos soldados son los mismos que en diez años han apagado ó enterrado el mas grande incendio social que ha estallado en el mundo; los que despues vencieron á Rusia en la Crimea; los que humillaron al Austria en Magenta y Solferino; los que inquietan y alarman á la soberbia Inglaterra; los que ayer vengaban un sangriento ultraje en la Arabia, y los que hoy aguarda Venecia para sacudir la esclavitud (1).

Digno, muy digno de admiracion y respeto es el pueblo fuerte y generoso que acomete tales empresas y que se eleva á tal grado de poder y de importancia. Los hechos tienen su valor en sí. Desentendámonos,

(1) Al revisar estas páginas en 1877, para disponer la presente segunda edición, respeto escrupulosamente mis apreciaciones de 1860, aunque los hechos las hayan desmentido en cierto modo. Lo que yo decia hace 17 años era el comun sentir de todos los publicistas de Europa, como puede verse en sus escritos de entonces. Nadie había previsto, á lo menos en la forma que han revestido, las catástrofes del imperio francés y la prepotencia absoluta de un Bismark.—En cambio, se verá mas adelante que no se ocultaba en aquella fecha todo lo que había de falso y deletéreo en el fondo de la situación de Francia; y que de su estado político y social, y sobre todo de la depravacion de sus costumbres y grosero materialismo supe deducir algunos pronósticos que desgraciadamente se han realizado.—La *Internacional*, que entonces no existia, está presentida al remate de este mismo capítulo, y las escenas de la *Comune* son la consecuencia lógica de la impiedad y el *humanismo* que de tal modo me espantaban en la que á la sazón era metrópoli del mundo.

pues, de la triste significacion y terrible trascendencia de todos esos actos, y confesemos que, en virtud de ellos, no puede uno menos de sentirse vivamente conmovido al penetrar en esta gran Plaza monumental, que es, como si dijéramos, el *palacio* de la Francia; el *estrado* de Paris; el *salon de recibo* de la capital del mundo.

Describamos este Salon, y quedarán justificadas todas las apreciaciones que llevamos hechas.

Si la *Plaza de la Concordia* no fuese el paraje principal del universo, por la importancia política que acabamos de acordarle, todavía merecería esa calificación por su hermosura, por el lugar en que se halla situada, por las perspectivas que se alcanzan desde ella y por los recuerdos y consideraciones que traen al ánimo los monumentos que la decoran.

La *Plaza de la Concordia* no es así como quiera un espacio de terreno, mayor ó menor, encerrado entre edificios mejores ó peores. Es un vasto cuadrilongo demarcado con aceras, no con paredes, y rodeado de Estátuas, en una inmensa planicie que muda de nombre muchas veces. Así, pues, cuando yo hablo de la Plaza, no solo me refiero á ella, sino á todo lo que se alcanza á ver desde este sitio; es decir, del Palacio de las *Tullerías* al *Arco de la Estrella*, y del *Templo de la Magdalena* al *Cuerpo Legislativo*.

A la verdad es una soberbia perspectiva. Los árboles y una amplísima extension de cielo sirven de fondo á tan maravilloso cuadro. Los Palacios y los Monumentos mas gigantes son como sus menudos accesorios. El ancho Sena fluye á un lado, cual modesto arroyo en extensísima pradera. Y la incesante y copiosa multitud que bulle á todas horas por tantas Calles, Paseos, Muelles, Puentes y Jardines como se perciben desde aquí, aparece diminuta, esparcida y sin importancia en un espacio tan dilatado y en comparacion de los colosales ornamentos y enormes edificios que se ven por todas partes.

En medio de la *Plaza de la Concordia*, levántase, como decano y presidente de tantas maravillas, un *Obelisco egipcio* del tiempo de Sesostris, traído de Luxor, y erigido aquí por Luis Felipe.

Y, á propósito: en el mismo lugar donde se alza hoy este Obelisco, se levantó por espacio de veinte y nueve años una Estátua de Luis XV; y entonces la Plaza llevaba el nombre de este Rey.—Más adelante, la Estátua fue derribada y sustituida por la Guillotina, que se enseñoreó aquí monumentalmente desde 1792 á 1794.—Entonces se llamó este sitio «*Plaza de la Revolucion*.»—Quitada de en medio la Guillotina, quedó de pie una *Estátua de la Libertad*.—Napoleon I la derribó en 1800, llamando por primera vez á esta plaza «*Plaza de la Concordia*.»—Pero, á la entrada de los Cosacos en 1815, aún habia de cambiar de nombre; y, como entonces la Europa creía posible borrar hasta el recuerdo de todo lo hecho durante la Revolucion Francesa y volver á constituir el mundo bajo el régimen antiguo, reapareció el abolido *azulejo* en que se leía: *Plaza*

de Luis XV.»—Cárlos X, impulsado quizás por un presentimiento de lo que llegó á sucederle, reconoció en cierto modo la historia de la Revolución, y puso en el azulejo: «*Plaza de Luis XVI.*»—Mas hé aquí que los franceses arrojan del trono al hermano del Rey mártir, y Luis Felipe, restaurador de las tradiciones del Imperio, restituye la denominacion de «*Plaza de la Concordia.*»—Ya hemos dicho que de entonces data el Obelisco.—Pero nos resta decir que, en 1848, el azulejo de Luis Felipe fue borrado, y se escribió en él nuevamente: «*Plaza de la Revolución.*»—Hoy ha vuelto á llamarse y se llama todavía este paraje «*Plaza de la Concordia.*»

En resúmen: los franceses han rendido culto en este sitio al poder real y al poder revolucionario, al Terror y á la libertad, á la gloria y á la desventura, y hoy se lo rinden á los geroglíficos indescifrables de una piedra egipcia.—Puede, pues, decirse que la *estátua de lo desconocido* se levanta sobre París.—Así adoraban los atenienses *Deo ignoto*, númen que debia con el tiempo echar por tierra todos los ídolos paganos.

Continuemos.

En los ángulos de la Plaza hay ocho *Pabellones* de piedra, coronados de Estátuas colosales, que representan las principales Ciudades de Francia.

Detrás de nosotros se estiende el magnífico *Jardin de las Tullerías*, y en medio de él se percibe este disforme y suntuoso Palacio, que acaba de ser reunido al Louvre.—En él vive el Emperador.

Al frente vemos dilatarse las alamedas de los *Campos Eliseos*; y donde estos concluyen, distinguimos el grandioso *Arco de la Estrella*, erigido en honor de las glorias militares de la República y del Imperio.

Por aquel Arco se sale al *Bosque de Bolonia*.

El *Bosque de Bolonia* es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* de París.—Allí se puede pasar revista todas las tardes á las clases más elegantes del pueblo más elegante del universo.

A nuestra izquierda tenemos el *Sena*, dominado por soberbios Puentes, de los que divisamos desde aquí el de la *Concordia*, el de los *Inválidos*, el de *Alma* y el de *Solferino*; el *Sena*, por el cual se deslizan vapores y barquichuelos, lleno de Baños y Escuelas de Natacion, y poblado de una muchedumbre anfibia de lavanderas.

A la otra orilla se eleva el antiguo *Palacio-Borbon*, hoy *Cuerpo Legislativo*, donde ha resonado la voz de tantos insignes oradores desde Robespierre á Victor Hugo, desde Perrier hasta Julio Favre.

Más léjos se ve asomar la Cúpula de los *Inválidos*, bajo la cual duermen los restos del hombre más extraordinario que ha cruzado por la tierra.

En la misma orilla se ve el *Palacio de la Legion de Honor*, que es como quien dice el Ministerio de la Gloria.

Del lado acá de los Muelles, contemplo el *Palacio de la Industria*, donde se verificó la Exposicion de 1855.—Yo no he olvidado todavía ni

olvidaré nunca el asombro que me causó aquel titánico alarde que hizo la Francia de su produccion, de su laboriosidad, de su gracia y de su inventiva.—Miro, pues, este Palacio con veneracion, y veo en él un nuevo motivo para creer reunidos en estos lugares todos los triunfos, todos los méritos, todas las prerogativas de la nacion francesa.

A la derecha se distinguen desde aquí la soberbia *Columna de Vendome*, que sirve de pedestal al Vencedor de Marengo; el clásico *Templo de la Magdalena*, concebido por Napoleon en un campo de batalla; el *Palacio del Eliseo*, teatro de las liviandades de la Regencia y cuna de los modernos Césares; los *Ministerios*, el *Circo Olimpico*, y un dédalo de jardines, fuentes, templetos y kioskos.

Tambien se divisan desde aquí las primeras arcadas de la monumental *Calle de Rivoli*, que trae á la memoria el problema social de que fue empírica solucion, como lo están siendo todavía otras obras colosales de *Paris*.—Aludo al derecho al trabajo...

Vése, asimismo: el *Panorama* y el *Hipódromo*; los *Cafés-conciertos*; el *Chalet suizo*; allá el *Chateau des Fleurs*; en frente *Mabille*, lupanar público y al aire libre; en un lado prestidigitadores; en otro acróbatas; aquí *Tiros de carabina ó de pistola*; allá *Gabinets de fisica recreativa*; por esta parte *Polichinela*; por aquella mil variantes de nuestro *Tio Vivo*; ora animales sabios; ora renombrados charlatanes; ya Mercados de flores; ya un Bazar extendido sobre el suelo; y do quiera resuenan músicas, gritos, cantos, declamaciones; do quiera halla uno ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; do quiera placer, do quiera encanto, do quiera vicio, do quiera locura, do quiera fascinacion para el extranjero; do quiera *Paris* en su incontrastable omnipotencia!

Lo repetimos: la *Plaza de la Concordia* es el centro del mundo, la faz de nuestro siglo, el eje de la historia contemporánea, la última y suprema palabra de la civilizacion racionalista. Ni en la Tierra hay poder temporal sobre el poder aquí representado, ni el genio del hombre ha inventado nada mas allá de lo que desde aquí se domina.—La obra profana de los siglos no ha rayado á mayor altura.—«*Por aquí vamos*,» podemos decir rotundamente los mortales.—Las ciencias, la filosofía, las artes, la industria; ¡todas las fuerzas de la humanidad no han producido hasta hoy otro resultado!

Por consiguiente, si la *civilizacion* perfecciona, aquí debemos encontrar la mayor perfeccion posible.—La dignidad humana, el bienestar general, la paz del espíritu, la rectitud de la conciencia, la ventura del corazon, la caridad fraternal deben de tener aquí su asiento.—¡Esa muchedumbre que vaga en torno de estos alcázares y monumentos, esos séres que han tenido la fortuna de nacer ó vivir en la Capital de la nacion más próspera y adelantada, deben de ser los mas respetables, los más felices, los más buenos, los más gloriosos, los más bienaventurados de los hombres!

Nosotros, míseros españoles, tan atrasados en la senda de la *civiliza-*

cion, somos mirados aquí, con sobrada justicia, como unos africanos semi-salvajes...—Lo más que se nos otorga es una insultante benevolencia, una curiosidad maravillada, ó una depresiva compasion!...—¡Aprendamos, pues, en los franceses á ser hombres cultos, dignos, graves, dedicados sensibles y dichosos!

¡Busquemos, sí, en el corazón de esta sociedad el mágico secreto que produce tantos beneficios, y regalémoselo á nuestra pobre España, á fin de que en pocos dias consiga realizar su dorado sueño, su ardiente aspiracion, su irresistible deseo de pasar por una nueva Francia!... Y ¡ay de Francia y de España y de toda la *civilizacion moderna*, si ese corazón está vacío de fe, esperanza y de caridad!

## V.

## ESCURSION AL CAMPO.—MR. IRIARTE.—LA ISLA DE CROISSY.

Uno de mis primeros cuidados en *Paris* fue buscar á Mr. Iriarte, compañero mio de tienda en el Llano de Tetuan, y cuyo lápiz ilustró mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa*.

Parisien de nacimiento, consumado artista y buen amigo, aquel antiguo camarada era para mí en la gran Capital un tesoro inapreciable, dado que encontraria en él un corazón afectuoso, un piloto que me guiase por entre los escollos de la sociedad francesa y una gran inteligencia que esclareciese mis confusas observaciones.

Yo no le habia anunciado mi llegada. Quería sorprenderlo.—Dirigíme, pues, á su casa una mañana muy temprano.—Pero allí me dijeron que mi amigo se hallaba en el campo hacía un mes.—No vacilé un punto. Pedí las señas de su retiro, y resolví no parar hasta encontrarlo.

Recien entrado en *Paris*, no sé por qué me halagaba volver á salir de él. Aquella frase «*está en el campo*» abrió ante mis ojos horizontes suaves y apacibles, y me hizo entrever parajes solitarios y costumbres inocentes, pareciéndome, en fin, muy natural que Mr. Iriarte, despues de pasar un año en Africa y en España, no se aviniera á la vida de *Paris*, y buscase con ansia la dulce y noble compañía de la madre naturaleza.

Por las señas que me dieron, mi amigo debia de encontrarse en un pueblecillo llamado *Chatou*, situado á dos leguas de *Paris*.

Eran quince minutos de viaje por el camino de hierro del Oeste.

La mañana estaba hermosa. Cada dos horas iba y venia un tren. Calculé estar de vuelta al medio dia, y emprendí la marcha resueltamente, como quien va á hacer una visita en la ciudad.

Nueve *sous* (unos catorce cuartos; fabulosa baratura) me costó el billete de primera clase de *Paris* á *Chatou*.

Por tan corta cantidad anduve dos leguas muy cómodamente, en compañía de señores condecorados, ya con el boton, ya con la cinta de

la *Legion de Honor*; condecoracion que tienen hoy la cuarta parte de los franceses y que no dejan de ostentar ni un solo instante, á veces duplicada y hasta triplicada, segun las prendas que constituyen su vestido.

Venian tambien en el tren algunas damas graves y varias jóvenes modestas; pues ni la hora ni el día eran de *traviatas*, segun os demostraré despues; y no sé por qué estravagancia de mi imaginacion, dí en figurarme que todas aquellas gentes eran alcaldes y alcaldesas de los pueblos vecinos á París.

Por lo demás, cada uno de ellos y de ellas leia muy atentamente su indispensable periódico.

Yo no tenia periódico que leer; pero me solacé á mis anchas en examinar á mis compañeros de viaje y en inventarles historias y caracteres; contemplé arrobado el delicioso caserío de *Anières*, que se mira en las inmóviles aguas del canalizado Sena; saludé la poética aldea de Rueil, rodeada de antiguos árboles y asilo sepulcral de Josefina y de Hortensia, la abuela y la madre de Napoleon III; admiré la remota perspectiva de los bosques de San German, llenos de palacios y de quintas, entre las que me hicieron notar las agujas góticas de la de Montecristo, que visité más tarde, y al fin eché pié á tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducia á *Chatou*.

Difícilmente pudiera describirlos la hermosura de aquel paraje ni el encanto de aquella hora. Ningun otro viajero habia hecho alto allí conmigo. El tren se alejó bramando, y su fragorosa respiracion se fué estinguendo en el seno de los bosques.

La alameda en que me habian dejado, y que era tan severa y regular como la de un cementerio moderno, se dilatava ante mí, grandiosa, larga y sombría, dejando paso á veces á la pura luz del sol de la mañana. Brillaba el rocío en la menuda yerba. La fina arená que crugía bajo mis piés exhalaba un olor acre y vigoroso que se mezclaba con el perfume de las últimas flores del año. Todo, todo era silencio y soledad en torno mio. Unicamente se oia en las altas copas de los álamos el no interrumpido gorgo de millares de pájaros, que se me figuró cantaban para el cielo, no para la tierra...—Y es que aquellos pajaros, á pesar de ser franceses, cantaban de balde.

Conocí que estaba á punto de ponerme muy triste, y apreté el paso.

Despues de andar mucho tiempo, y en un recodo de aquella calle de árboles extranjeros, cuya sombra no me creia yo con derecho á disfrutar, distinguí por último una iglesia medio oculta entre el ramaje...

Allí respiré y me detuve á echar un cigarro.—Me parecia como que habia encontrado una persona conocida, que me recomendaba y presentaba en aquellos sitios.

Aquel templo era la primera casa de *Chatou*,—separada aun de la aldea algunos pasos.—A otra vuelta de la arboleda, descubrí ya todo el pueblo.

En él se veian combinados el sosiego y la civilizacion, la paz del

campo y la policía urbana, el idilio y la limpieza, la poesía y la comodidad.

*Chatou* es una de tantas poblaciones como sirven de auxiliares á París.—Por ejemplo: el piso bajo de la casa en que vivia Mr. Iriarte era un vasto laboratorio de lavar y planchar ropa, cuya directora vivia en París y hasta creo que arrastraba coche.

Como este establecimiento, tenia otros varios en diversos puntos.—Es decir que aquella señora habia emprendido el lavado en tal escala que podia aspirar, y acaso era esta su noble ambicion, á ser con el tiempo lavandera general de todas las camisas de París.

Introducido en las habitaciones de Mr. Iriarte, que dormia tranquilamente, tuve un momento de verdadero placer, mezclado de orgullo, al pasear mis miradas por su gabinete de artista.

En todas partes veia bocetos, dibujos, cartones, aguadas, cuadros empezados... y todo ello referente á España.

En un lado tipos andaluces; en otro un barrio de Tetuan; aquí el retrato de un amigo y compatriota mio; allí uniformes de nuestro ejército; y, colgados en las paredes y rodando por el suelo, cien objetos curiosos, recogidos en su expedicion por España y Africa; armas, muebles, ropas; el ros, el sombrero calañés, la faja árabe ó la cordobesa, y mi cama de campaña, que yo le regalé el dia que dejé el campamento, y la vajilla mora que compramos juntos en la Judería, y la gumia que él recogió en una batalla, y libros españoles, y vistas de Madrid...

Sobre un voluminoso manuscrito se leia en gruesos caracteres: *La société espagnole*.

Era un libro suyo, cuya publicacion ya se anunciaba.

*Sous la tente (Bajo la tienda)*—decia el letrero de otro legajo.

Era nuestra particular ó personal historia de Africa, preparada tambien para la imprenta; escrita por él, y dedicada á mí.

Las entregas de mi *Diario*, ó sea de nuestro *Diario de un Testigo* andaban revueltas con dibujos suyos que yo le sugerí ó que él habia hecho despues, recordándome indudablemente...

Toda la habitacion, en fin, como toda la vida de Mr. Iriarte, estaba consagrada á España.

La noche antes se acostaria pensando en mi patria, despues de haberle dedicado una larga vigilia con el lápiz ó la pluma en la mano...

En aquel momento, quizás soñaba encontrarse en Tánger ó en Barcelona, en Madrid ó en Andalucía...

Considerad, pues, cuál seria su sorpresa al sentirse turbado en su sueño por mi voz amiga y por mi habla española, que le decian como en otro tiempo:

—¡Arriba, Cárlos! ya tocan *diana*!

Algunos minutos despues, era cosa convenida que Mr. Iriarte me acompañaria á Italia.

—La vida de París es insoportable! me decia mi amigo, (poeta en accion por temperamento). No hay mas existencia honrosa que la que hemos llevado juntos y vamos á volver á llevar. Mira cómo vivo. Pues así y todo me devora una singular nostalgia; la nostalgia de la tienda. La civilizacion no ha inventado nada tan grande ni tan bello como aquella vida al aire libre, como aquellas salidas de sol por el Mediterraneo, como aquellas puestas de sol tras el humo de los combates, como aquellas comidas frugales sobre la yerba, como aquellos largos dias á caballo; como aquella intimidad del hombre con la naturaleza, que nos achicaba y engrandecia al mismo tiempo...

En esto ya se habia vestido.

—Ven, me dijo; te voy á llevar á mi comedor: almorzaremos juntos y en seguida nos iremos á París.

Salimos á la calle: atravesamos la via principal del pueblo; bajamos una cuesta que se torcia entre dos tapias, y me encontré como por encanto á las orillas del Sena; pero en un paraje solitario, verdaderamente campestre, en que no se veia otra vivienda humana que las que dejábamnos atrás.

Solo allá, á la izquierda, como á media legua, se percibia un puente de ferro-carril.

La orilla opuesta del rio era un cerrado bosque, cuyo ramaje oscuro se retrataba en las tranquilas ondas.

—¡Luis! ¡Luis! gritó Mr. Iriarte. Y su voz se dilató vibrante por tanta soledad y tanto silencio.

Yo estaba enagenado de placer. Y es que nunca hubiera imaginado que quedase en Francia un lugar tan apacible, un refugio de tanto sosiego, tanta naturaleza olvidada, en que poder campar por mi respeto y descansar de las oficiosidades y previsiones de la actividad francesa.

Abrióse el ramaje á la otra márgen del rio, y apareció un jóven vestido de batelero, esto es, medio desnudo, descalzo, descubierta la cabeza, con un calzon de lienzo azul y una camisa encarnada, que solo le tapaba los hombros y la cintura; un bellissimo mancebo, robusto, blanco, asoleado, con el largo cabello y la incipiente barba de color de oro; un pescador, en fin, no tan exactamente como los pescadores son en realidad, sino como lo hubiera idealizado un artista.

Aquel jóven saludó con un grito inarticulado á Mr. Iriarte; empujó con el pié un barquichuelo medio escondido entre la yerba, y en que yo no habia reparado; saltó dentro de él; asió los remos sin sentirse, y vino hácia nosotros, hendiendo los cristates del rio como una exhalacion.

Al cabo de un momento atracaba el barquichuelo á nuestros piés.

Iriarte y el pescador se dieron la mano cariñosamente y se tutearon al preguntarse por la salud.



Entramos en el bote ; mi amigo tomó los remos y pasamos al otro lado.

—Estás, me dijo, en la *Isla de Croissy*; esto es, en una isla desierta. Confiesa que nunca hubieras esperado encontrar la isla de Robinson á las puertas mismas de París.

Yo no acertaba á creer lo que veía. La tierra en que habíamos desembarcado era, en efecto, una isla de trescientos ó cuatrocientos pasos de anchura por media legua de longitud. Parecía una larga embarcacion anclada en medio del rio. Estaba inculta y despoblada. Un pomposo y enmarañado bosque la llenaba de sombra y de misterio. Apenas se lograba ver el cielo por algunos claros de aquella bóveda de ramas, y sin la luz que penetraba horizontalmente por entre los troncos de los árboles, casi toda la isla se hubiera hallado sumida en las mas espesas tinieblas. Una mullida alfombra de yerba, siempre verde, húmeda y perfumada, cubria las sendas y las escasas plazoletas que se hallaban á veces entre el densísimo arbolado; ¡Y qué paz; qué silencio, solo turbado por las aves; qué fresco y embalsamado ambiente en aquella afortunada isla!

Pero tiempo es ya de que explique, como me lo explicaron á mí, el singular fenómeno de verse desatendida tan rica tierra por una gente tan aprovechada y utilitaria como los franceses.

Parece ser que el último marqués d'Aligre, muerto en 1847, descendiente de aquellos marqueses d'Aligre que figuran tanto en los reinados de Luis XIII y Luis XIV, y famoso él tambien como dignatario del primer Imperio y como par de Francia que habia sido despues legó esta isla (propiedad suya por herencia), al pueblo de Bougival, de que ya hablaremos, *con la condicion de que nunca se edificase nada en su recinto, ni fuesen sus tierras de dominio particular.*

La razon que tuvo para testar así el noble marqués (cuya antigua vivienda, —especie de castillo, —aún se levanta, no mas alta que los árboles que la cercan, en un ángulo de la isla; pero sin que la habite nadie); la razon, digo, de tan feliz humorada fue el deseo de perpetuar los bailes nocturnos que los pescadores y *canotiers* del Sena daban allí en su tiempo, y en los que de seguro hubo de divertirse grandemente el señor marqués!..

Pero digamos quienes son los *canotiers* del Sena.

Entre los innumerables placeres que se han proporcionado los jóvenes parisienses de la clase media, reyes de la inventiva en todo, y muy particularmente cuando se trata de gozar, lo es uno el de salirse de París en una canoa ó piragua, vestidos de marineros, y vogar dos ó tres leguas por el Sena, buscando aventuras, pescando, pasando de balde de una orilla á otra á las mujeres ó á los pobres que andan desalados por llegar á tal ó cual puente, concertando regatas y apuestas, paseando á sus amadas, si las tienen, y si no, á las amadas de otros; y en fin, haciendo todo lo posible porque les suceda algo de lo que se refiere despues en las novelas.

Escusado es decir que Luis, el hermoso pescador que nos había prestado su bote, era uno de estos bateleros de afición.

Ahora bien, ciertos días festivos de verano, toda esta gente y la mucha que arrastra en pos de sí, como también algunos habitantes de los pueblos circunvecinos, se reúnen en la isla, y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan como pueden ó dejan en amable sombra, dando lugar á todo género de lances y sorpresas y produciendo la bacanal más ilimitada, más desecha, más delirante que registran las historias de Sardanápalo, de Neron ó de Heliogábalo. Los impúdicos bailes de *Mabille* resultan *soirées* muy ceremoniosas en comparación de una verbena de la isla de Croissy. *Mabille* podrá ser Pompeya ó la *Porta Capuana* de Nápoles. Pero Croissy es algo más antiguo, más natural, más mitológico. Es Chipre; es el olimpo pagano. No es la orgía social; es la orgía animal. Es el amor en los bosques, la realización de los satyros y las ninfas, la desnudez griega, la Arcadia sin la inocencia ni la poesía.

Ya volveremos á este asunto.

De buena gana me hubiera pasado el día entero en la isla entonces desierta, platicando con mi discreto amigo... (Luis el pescador había desaparecido por entre las ramas.) Parecía hallarme en el paraíso terrenal, en aquel vergel inculto que habitaron algunos días nuestros primeros padres. Pero la relación que Mr. Iriarte me hizo de las profanaciones que había presenciado aquella selvática soledad, y el hambre, que principiaba á terciar en nuestra conversación, me estimularon á levantar el campo.

Llegamos, pues, á la otra costa de la isla.

Allí había un embarcadero y una gran barraca de madera, contruidos *dentro del mismo río*, á fin de no faltar al testamento del marqués d'Aligre.

Aquel brazo del Sena era aun más ancho que el que separaba á *Chatou* de la isla, y al otro lado de él percibíase una pequeña llanura de la que se levantaba una suave montaña toda cubierta de arbolado y sembrada de vistosas quintas, algunas de ellas con honores de palacio y otras con el aspecto de castillos.

Frente por frente del embarcadero en que nosotros nos hallábamos, se alzaba una casa modesta, pintada de rojo y amarillo, de forma irregular, con dependencias propias de una casa de campo, sobre una de cuyas paredes se leía en enormes letras:

*Maurice, pêcheur.* (Mauricio, pescador.)

Mr. Iriarte desató una de las canoas que había amarradas al embarcadero; penetramos en ella, y pusimos el rumbo á la casa de Mauricio.

—Todos los días, me dijo el jóven artista, paso cuatro veces el río de la manera que ves: dos de ida y dos de vuelta. Yo almuerzo y como siempre en casa de este pescador, y trabajo y duermo en *Chatou*.

—¿Y por qué no trabajas y duermes también en casa de Mauricio? le pregunté.

—Porque entonces no haría esta travesía tan deliciosa dos veces por la mañana y dos veces por la tarde.

Yo me moría de envidia. Ya me arrepentía de haberme impuesto la obligación de ir á Italia. Ya no me acordaba de París. ¡Estaba perdidamente enamorado del género de vida que hacia Mr. Iriarte!

Llegamos en casa de Mauricio.

## VI.

## EL PESCADOR MAURICIO.—COSTUMBRES PARISIENSES.—UN SUICIDA.—LA MISA DE BOUGIVAL.

En el momento que nosotros llegamos, Sofía y Cárlos, hijos del pescador; aquella de diez años de edad y este de siete; hermosa ella como un ángel, y travieso él como un demonio, recibían el beso de una vieja, hermana de su abuelo materno, y se disponían á partir juntos á la escuela de *Bougival*, gracioso pueblo situado á un cuarto de legua de aquella casa, en la misma orilla del río.

Todos los días hacían los dos niños este viaje de ida y vuelta, provistos de libros, de alguna labor femenil y de la correspondiente merienda, que Cárlos quería llevar, y que Sofía le negaba, temiendo que se la comiera antes de la hora en que sería de urgente necesidad.

Los dos hermanos hicieron muchas caricias á Iriarte y se alejaron al fin, triscando como dos corderos á quienes se da suelta para que vaguen por los prados.

Mauricio se hallaba pescando. Su mujer había marchado á París en el primer tren de la mañana. La abuelita, pues, se encargó de disponernos el almuerzo.

—Queremos, dijo Iriarte, pesca de hoy. Nosotros buscaremos huevos en el corral, pues oigo cacarear á las gallinas, y cogemos fruta en la huerta. Hoy no he tenido tiempo de buscar setas en la isla. Las sustituiremos con patatas. Del vino nada tengo que decirle á usted.

—¿Y dónde almorzarán ustedes? preguntó la anciana, que se reía como una bendita de Dios al oír á mi amigo.

—En la *glorieta*, respondió este, indicándome que lo siguiera.

Yo estaba atónito, sin acertar á convencerme de que había andado trescientas leguas para hacer una vida semejante, y sin acabar de creer que me hallaba en Francia y á pocos minutos de París.

Buscamos los huevos y las frutas; volvimos á la cocina; añadimos algunos perfiles á nuestro almuerzo, y nos fuimos por último á esperarle en la *glorieta*.

La *glorieta* era una jaula de cañas que se levantaba al remate de un jardín muy descuidado, á espaldas de la casa del pescador.



En este jardín había dos ó tres mesas rodeadas de sillas.

Erán signo conmemorativo, según me esplicó Iriarte, de la larga broma que habrían tenido allí el día anterior los *canotiers* y sus amadas.

Porque el día anterior había sido domingo...

Posesionámonos de la *glorieta*, y vino el almuerzo.

En esto oímos el crujido de unas faldas de seda y aparecieron en el jardín dos elegantísimas damas, bastante bellas, pero sin abrigo ni sombrero, poco peinadas, y con los pies mojados por el rocío,—circunstancia esta última que era su preocupación en aquel momento.

Desde luego comprendimos que eran dos parisienses que habían pasado la noche en casa de Mauricio, y venían de dar un paseo por el campo.

La abuelita nos acabó de explicar que los amantes de aquellas damas tenían alquiladas dos habitaciones de la casa del pescador, adonde ellas venían á esperarlos todos los sábados en la tarde.

Aquellos señores eran personas honradísimas de París, y hasta de cierta gravedad, que pasaban la semana dedicados á sus negocios y aparecían allí el domingo al amanecer, tripulando una preciosa barca.

Ellas los aguardaban á la orilla del río. Pasaban juntos el día paseando ó navegando; almorzaban y comían en los pueblos de la ribera, si hacía buen tiempo, y, si no, en casa de Mauricio; y, á la caída de la tarde, se marchaban ellos á París, en la misma barca en que habían venido, y ellas por el ferro-carril, de la manera que os diré más adelante.

Parece ser que el día anterior habían llegado tarde á la estación (tal vez de intento), y vistose obligadas á quedarse en el campo, contra las instrucciones de sus amantes.

Dicho se está, por consiguiente, que se hallaban contentísimas.—La sola idea de que estaban procediendo mal, las volvía locas de placer.

Por otra parte, ellas sabían que, fuera del domingo, no se ve un alma en casa del pescador, y contaban con pasar un día de absoluta soledad, de libertad ilimitada, de expansión y retozo.—*No estaban ellos!*... Esto bastaba para la felicidad de aquellas tristes mercenarias, que por la primera vez de su vida reían en casa de Mauricio *espontáneamente*, y no para alegrar á sus señores,

Nuestra presencia en el jardín las contrarió, pues, visiblemente. Ellas se conocían y conocían al hombre. Nosotros les recordábamos el sexo tirano de que aquel día se creían libres. La sola contingencia de que las volviésemos á su condición habitual echaba por tierra todos sus planes de pasar *un día digno* en el seno de la naturaleza.

Entraron, pues, en la casa haciendo como si no nos vieran, y quejándose de tener los pies mojados.

Nosotros seguimos con nuestros peces.

Entonces hice que Mr. Iriarte me explicase todo un tratado de costumbres francesas y completase mis ideas acerca de aquella casta de mu-

jeros, que no era sino una variante de la gran familia de las *entretenedas*.

Síntesis.—La *entretedida* es una *especie de esposa*; una esposa dentro de las condiciones de la vida parisien; la esposa, segun la *civilizacion*; la esposa, segun la naturaleza; todo lo contrario de la esposa del cristianismo.

No la confundais sin embargo, con otra mujer *peor*...—¡Heriríais la dignidad de la tercera parte de las mujeres elegantes de París!

Pero, á pesar de saber esto, yo, á fuer de *salvaje*, vulgo *español*, creo más funesta á la *entreteneda* que á la otra miserable vigilada por el gobierno.

La *entreteneda* es la manifestacion de un partido social, ó sea antisocial, que cunde y avanza en contra del matrimonio, á la manera del comunismo en contra de la propiedad.

La *entreteneda* revela además una cosa horrible de que he notado otros muchos síntomas: el abandono en que gime el alma humana en medio de aquella brillante civilizacion; el ningun cultivo que se da á sus más nobles facultades; el olvido de sus santos intereses.

Hay en todo esto algo peor que el paganismo. El pagano, aunque se creía superior á la mujer, le exigía amor, reclamaba de ella virtud, la hacia su esposa para toda la vida.

Hay tambien algo peor que el islamismo. El mahometano, si no emplea su alma en el amor á la mujer, tiene amor y alma para adorar á Dios.

Pero el parisien que toma á sueldo una mujer, ni la ama con el espíritu, porque este amor no existe sin admiracion ó aprecio, ni aspira á ser amado, puesto que el amor del alma no se compra ni se vende. ¡Y sin embargo, se contenta con vivir de esta manera, y engorda, y el ócio del alma no lo mata de melancolía!...

¡El alma!—Su alma es una parásita de su cuerpo. Su alma no tiene sed de otra alma, ni se agita en el deseo de reposar en Dios. Su alma tiene sed de oro, única omnipotencia que reconoce, para subvenir á todas sus necesidades animales.

El moderno lenguaje francés se vale de una frase espantosa que comprueba lo que estoy diciendo.

—¿Cómo está fulano? le preguntais á cualquiera. ¿Qué sabeis de él?

—Fulano *no es feliz*, os responderá melancólicamente...

Y con esto ha querido significaros que fulano *tiene poco dinero*.

Apelo á todos los que han estado en Francia para que digan si esto no es así.

¡Y, sin embargo, el tal *fulano* suele ser un hombre de bien, que vive en paz en el seno de su familia y en el cumplimiento de sus deberes, aunque no pueda gastar un lujo que de manera alguna echa de menos!

¡Como si un pobre no pudiera ser feliz!

¡Como si un mendigo no pudiera ser más dichoso que un emperador!

¡Como si el alma no existiera!

Volvamos á las dos *entrettenidas*.—Y perdonadme que me detenga en la consideracion y análisis de cosas al parecer tan despreciables y baladíes como estas pobres mujeres sin conciencia; pero ellas son el punto gangrenoso de un mal que vamos estudiando, ya que no sean la raiz del mal mismo; raiz que está mucho mas honda en las entrañas de la nuestra flameante civilizacion. Dejadme, si, tender los hilos de mi tela de araña, en la cual atraparemos al final de este capítulo una importantísima idea.

Aconteció, pues, que las dos damas de los piés mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardin é instalarse, no muy lejos de nosotros, al lado de otra mesa, donde al poco rato les sirvieron el almuerzo.

Nada es más fácil entre franceses que no se conocen que entablar conversacion y hacerse íntimos amigos.

La mesa de las parisienses estaba al sol; la nuestra á la sombra. Propusimosles, pues, galantemente cambiar de sitio.

Primero se resistieron; pero instamos nosotros... y al fin se transigió la cuestion trayendo ellas sus platos á nuestra mesa... bajo las siguientes condiciones:

—Segun nuestras noticias (nos dijeron), ustedes piensan permanecer aquí todo el dia. Nosotras *teniamos* el mismo plan. Pero ustedes nos estorban sobremanera, puesto que contábamos con estar solas y no oír, siquiera durante un dia, el empalagoso lenguaje del amor. Si ustedes nos prometen solemnemente no hacernos la córte y tratarnos como si fuéramos dos antiguos amigos suyos, nos avenimos á almorzar con ustedes y á que pasemos todo el dia reunidos dando vueltas por esos campos.

Nosotros juramos no hablarles una palabra de amor y tratarlas como si no nos gustasen ó como si fuesen hombres.

Juntamos, pues, los almuerzos, que se mejoraron al reunirse: bebieron ellas vino hasta dejarme asombrado: tomamos todos café: aceptaron cigarros, sin duda para representar mejor su papel masculino: pidieronnos permiso para peinarse: se lo otorgamos: subieron á sus habitaciones; y al cabo de unos momentos volvieron á bajar, tan compuestas y lindas, que daba gloria verlas; con mangas y puños limpios, con preciosos sombreros, con elegantes sombrillas, aristocráticos guantes, fantásticos abrigos, y todo el aire, en fin, de unas verdaderas heroínas de novela.

A pesar de nuestro juramento, les ofrecimos el brazo, que ellas aceptaron maquinalmente, con lo cual salimos al campo por la puerta de la huerta, y empezamos á andar á la ventura, dirigiéndonos siempre á la verde montaña que limitaba el horizonte.

Yo no cesaba de acordarme de Paul de Kock.

Nuestras compañeras iban contentísimas, locuaces, verdaderamente inspiradas.

La una se llamaba Alicia y la otra Lucila.

Voy á contaros la historia de Alicia; historia que, segun ella, se parece á la de cien mil mujeres de París.

Es muy breve.

—«Yo, dijo Alicia (parándome debajo de un frondoso árbol, á cuya sombra contaba ya Lucila su vida y aventuras á Mr. Iriarté); yo soy de Burdeos. Mi padre era un comerciante arruinado. En mi niñez leí muchas novelas. A los quince años conocí que era muy pobre y muy bonita, y, por consiguiente, muy desgraciada. Amaba el lujo, y carecia hasta de guantes. Deseaba venir á París á hacer fortuna, pero no tenia los medios para ello.

»Pinté abanicos durante un año; rehusé mi mano á un oficial de la abaniquería; reuní el dinero suficiente para el viaje; comuniqué á mis padres el proyecto; encontráronlo juicioso; y, dándome cartas de recomendacion para algunos comerciantes de París y la bendicion consiguiente, dejáronme en libertad de luchar con mi destino.

»Llegué á París. A los tres dias estaba colocada en el mostrador de una fábrica de guantes. Mi vida entonces consistia en madrugar mucho, acostarme muy temprano y despachar guantes todo el dia. A la verdad, esta existencia me pareció monótona, y sobre todo, poco á propósito para hacer fortuna.

»Dichosamente, aunque á fuerza de severas economías, algunos domingos iba al teatro. Este era mi único placer, y esta fue mi salvacion.

»En el teatro reparó en mí el conde de....! jóven, hermoso y rico.

»Esto sucedió á los cuatro meses de mi llegada á París.»

»Informóse de quién era yo, y, algunos dias despues de haberme mirado y saludado en la *Opera Cómica* (única inteligencia que habia habido entre nosotros), se presentó en la tienda; me pidió unos guantes; y, en tanto que yo se los ponía, me dijo estas palabras:

—«Señorita, yo soy el conde de..... Tengo 40,000 mil francos de renta. Soy soltero. Mi madre es jóven y robusta, y, por consiguiente, tardará en morirse. Yo no pienso casarme hasta que se muera mi madre. »Entonces heredaré otros 40,000 francos de renta, y podré aspirar á la mano de una rica heredera que triplique mi fortuna; pues mi título entrará por algo en el contrato.—He visto á usted en la *Opera Cómica*, y sé que es usted hija de una familia honrada. Usted, por su hermosura y por su educacion, es digna de gozar de la vida, de vestir con elegancia, de brillar en los teatros y en los paseos y de tener lindos sombreros, una bonita casa, dos criados, y carruaje los domingos. Durante el verano, debe usted contar con una habitacion en el campo y pasar allí dos dias por semana. Esto es lo que corresponde á una mujer de las virtudes y demás cualidades que á usted la adornan.—Yo se lo ofrezco á usted todo, confiado en que será prudente y aceptará. Le señalaré á usted un sueldo de 500 francos al mes, despues de pagarle la casa, los criados, los

»muebles etc. Los regalos que yo le haga á usted serán cuenta aparte y  
 »dependerán de su conducta conmigo y del amor que llegue á tenerle.  
 »Si al cabo de dos años encuentro que usted se ha portado bien, le daré  
 »una inscripcion que le asegure una módica renta para el resto de su vi-  
 »da; y de esta manera, cuando yo me case, tendrá usted un dote regular,  
 »que, unido á su hermosura, cuya índole es duradera, le proporcionará á  
 »usted un buen enlace con un abogado, que la llevará á reinar á una  
 »provincia en que nadie la conozca y donde no podamos nunca saber el  
 »uno del otro.—Usted no tiene reloj..... Yo le ruego que admita este.—  
 »Es de oro..... No lo dude usted. Me ha costado 600 francos.—Mañana  
 »tendré el honor de volver por aquí y me dirá usted su resolusion.»

«Dijo, y partió, dejándome el reloj en la mano y la felicidad en el alma.

»¡Oh! si viera usted qué lindo era el reloj! ¡Algun ángel le habia dicho á aquel hombre que yo deseaba tener hora!

»Mis compañeras de mostrador me miraban con curiosidad, deseando saber y casi adivinando lo que el conde me habia dicho.

»Yo se lo conté extensamente, y se llenaron de envidia.

»Por darme importancia, les dije que no sabia si aceptar la vida que se me proponia, y todas me llamaron á una voz *estúpida*.

»Consulté á los dueños del establecimiento, y estos me aconsejaron que no desperdiciase mi buena suerte, añadiendo que yo era muy afortunada y estaba llamada á grandes cosas, y encargándome, por último, que no los echase en olvido, pues ya sabia lo bien que me habian tratado».

«Usted puede, me dijeron, hacer que el conde y sus amigos y todas las damas elegantes que tratará usted con el tiempo, se surtan en nuestra casa, y nosotros, en cambio, le daremos siempre á usted los guantes al precio de fábrica, sin ganarnos cosa alguna. En cuanto al reloj, es un *Merian* muy bonito, con doce centros en rubís, y todas las cajas de verdadero oro.—Aunque esta noche no es domingo, puede usted ir al teatro, si gusta, y hasta invitar á sus compañeras en señal de despedida. Su haber líquido de usted en la casa es todavía de 30 francos, gracias á su economía y escelente órden. ¡Con que..... abrácenos!»

«¡Oh! (continuó Alicia, muy conmovida.....) Aquella era una buena gente..... Yo no los olvidaré nunca. Unos padres cariñosos no hubieran sido mejores con una hija.....

»Al dia siguiente fué á buscarme el conde. Iba en carruaje. Salí con él. Encontramos casa. Compramos muebles. Se mejoró mi vestuario, y pocos dias despues quedé instalada como una reina.

»Mi vida desde entonces no puede ser mas feliz. El conde me visita todos los dias de cuatro á seis de la tarde. Los martes se queda á comer conmigo. Los jueves me acompaña al teatro, y los domingos los pasamos juntos en casa de Mauricio.

»El resto de la semana estoy libre. Tengo algunas amigas. Hago visitas



y voy á paseo. Doy té los viernes, y á él acuden muchas personas de distincion.

»Dentro de poco tiempo se cumplirán los dos años, al fin de los cuales me prometió *mi esposo* darme la inscripcion que asegurará mi porvenir.

»Entonces me casaré con Ricardo.»

—¿Y quién es ese Ricardo? le pregunté á Alicia al cabo de un momento.

—Un estudiante á quien amo mucho. Tiene un tio senador que lo colocará cuando se reciba de abogado.

—¿Y sabe Ricardo sus amores de usted con el conde?

—Seguramente. Pero el conde ignora mis amores con Ricardo.

—¿Y Ricardo se casará con usted?

—¡Ya lo creo! En primer lugar, si no fuese por mí, el pobre no lo pasaria muy bien.—Yo le ayudo á seguir su carrera.—Y por otro lado la inscripcion que me ha prometido el conde me asegurará 2,500 francos de renta.

—Y esa inscripcion..... ¿está usted segura de conseguirla?

—Sin duda alguna. El conde me quiere mucho.

—¿Cuántos años tiene el conde?

—Veinte y cinco.

—¿Y no tiene otros amores?

—No, señor. El conde vive entregado á los negocios. Juega á la bolsa y gana casi siempre. El otro dia me dijo que tal vez se casaria antes que muriese su madre. Ya tiene 60,000 francos de renta.

—¿Y no es celoso? ¿No duda de usted?

—No se ocupa de eso. Siempre que me busca me encuentra amable. Esto le basta.

—¿Y dice usted que la ama?

—¿Pues no ha de amarme?

—¿Pero no se le ocurre á ese hombre que, si suprimiese la renta y la inscripcion, usted no seguiria recibíndole?

—Sí que se le ocurrirá; pero se le ocurrirá al mismo tiempo que yo necesito comer y vestir.

—¿Luego usted subordina su alma á su cuerpo?.....

—¡Oh..... no, señor! Mi alma es libre, y se emplea en amar á Ricardo.

—Pero Ricardo no la ama á usted.—Ricardo la explota á usted como usted explota al conde. Si usted no costease la carrera á Ricardo, ni contase con la inscripcion, ya la habria olvidado hace mucho tiempo.

—¿Pues qué? ¿No soy yo bonita?

—Sí que lo es usted. Pero cuando *se ama* á una mujer bonita, no se permite que pertenezca á otro.

—Pero es que Ricardo no puede darme el bienestar que me da el conde. Yo necesito comer y vestir.

—Lo mismo le diré Ricardo á otra, cuando esta otra le haga cargos por sus relaciones con usted.

—Yo no tengo celos.

—Ya lo veo; ni Ricardo, ni el conde tampoco. Todo esto quiere decir que no tienen ustedes alma.

—¡El alma! ¡Siempre el alma! Hé aqui la palabrota... (*le gros mot*). ¿Y qué es el alma?

—El alma, señorita, es una cosa que no come, ni bebe, ni viste. Una inquietud, una sed, una capacidad que hay en nuestra naturaleza, que solo se calma, se nutre y se complace con verdades, con afectos, con creencias. El alma es aquello que gime muchas veces dentro de nosotros cuando hemos comido bien y vamos muy elegantes y nos paseamos en coche, teniendo á nuestro lado una mujer hermosísima, de esas que cuestan, no digo 2,500 francos al año como usted (que es muy barata), sino 100,000 francos ó 100,000 lises, como algunas notabilidades de la Opera. El alma es la tristeza de los ricos, el tédio de los poderosos, el malestar de los saludables. El alma es un personaje tan exigente, que, cuando ama (y no puede vivir sin amar), tiene celos del pasado de la mujer preferida, de su porvenir, de sus intenciones, de todo lo que no sea poseerla de un modo absoluto, infinito, ilimitado. Esta posesion es punto menos que irrealizable; pero el alma es poeta, vive de ilusiones, se satisface con vanas apariencias, quiere ser engañada, y, cuando ama á una mujer, se contenta con que esta nos diga que nunca amó á nadie como nos ama en aquel momento, y que siempre nos amará de la propia manera. *Siempre y nunca* son dos palabras que se rien del que las pronuncia; mas para el alma enamorada tienen una música divina.—«Yo te amaré siempre; yo moriré cuando me abandones; yo te he buscado y esperado toda mi vida...» Estas lisonjeras frases, que no son mentira, aunque sean falsas; estos temerarios conceptos, en que creen firmemente muchos de los que los dicen, son la esencia y la vida del amor.—Yo comprendo que el amante tolere al marido. El lazo del matrimonio es sagrado é indisoluble. Lo que no comprendo es que Ricardo tolere al conde, por consideracion á unos trajes y á unos alimentos. Por eso digo que no la ama á usted.—Y usted no puede amar tampoco á Ricardo; porque el materialista que transige de ese modo en una cuestion de sentimiento, sólo merece un desden soberano.—Y el conde no puede amarla á usted; porque el conde tiene motivos para creer que su amor de usted es interesado y para despreciarla por consiguiente.—Ni usted tampoco puede amar al conde, sino aborrecerlo: primero: porque es usted su esclava; y segundo: porque él no se ha cuidado nunca de conocer, de halagar ni de adquirir lo que usted debe respetar, amar y reverenciar mas en sí misma... ¡hablo otra vez de su alma!—Para el conde es usted un mueble, una fiera hermosa, una estatua de carne. ¡Desgraciada de usted, que se deja tratar de este modo por el conde y es al mismo tiempo una especulacion para Ricardo! ¡Mengua para el conde, que nada echa de menos en usted y no se avergüenza de servirle

á usted de industria! ¡Ignominia para Ricardo, que, siendo hombre, se encuentra en igual y peor caso que usted; pues vive estafando á su rival y piensa llegar al matrimonio por el camino de un anticipado adulterio!— ¡Me pregunta usted qué es el alma!...—Yo le pregunto á usted á mi vez cómo se puede vivir sin ella.

Alicia, que me habia oido con suma atencion, soltó una brusca risotada cuando vió que yo habia concluido.

Luego rompió á cantar no sé qué estribillo de *vaudeville*, que principiaba de este modo:

*La paix est faite,  
ma foi... tant pire...*

En seguida se interrumpió, y, poniéndose muy enojada, dijo, volviéndose á Mr. Iriarte:

— ¡Caballero, su español de usted es un salvaje!

Y, cambiando de nuevo de fisonomía, y con voz solemne y apesurada, añadió, cogiéndome una mano:

—Yo tambien tengo mis ideas... Yo creo en el buen Dios...

Por último, reparó en sus piés, admirablemente calzados, y me los mostró, diciendo:

— ¡Mire usted qué bonitas botas!... Dicen que las españolas tienen el pié muy pequeño... ¿Es esto verdad?

Mr. Iriarte se reía de mí, al ver mi asombro.

Lucila, que tambien habia escuchado mi discurso, procuraba pasar á mis ojos por más sublime que su compañera y afectaba con su actitud una profunda melancolía.

Alicia se sintió mal en medio del silencio que habia seguido á su risa, á su canto, á su *credo* y á su pregunta; y, cogiéndose de mi brazo y llevándose aparte, me dijo:

—La señorita Lucila es una hipócrita. Quiere hacernos pasar por virtud lo que es en ella una desventaja. La señorita Lucila es desgraciada con los hombres.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que su esposo solo le da 150 francos al mes y no la visita sino dos veces por semana. Yo tengo ya 8,000 francos de economías, y ella no puede contar con un *sous*. Cuando Ricardo se case conmigo, me llevará á su país, en donde lo colocará su tío, y allí ganará reputacion y ahorrará dinero. Yo seré muy buena y viviré convenientemente. Todo el mundo nos respetará. Yo daré buenos consejos á Ricardo y estimularé su ambicion. De este modo, andando el tiempo, el gobierno lo designará para diputado. Volveremos á París. Mi belleza es sólida, como usted ve, y durará todavía para entonces. Una vez en París, nadie me reconocerá, pues aquella sociedad se remuda cada cuatro años, y además nosotros viviremos en un círculo que hoy nos es completamente ajeno. Ricardo es elocuente... Hablará en el Cuerpo Degislativo... ¡y quién sabe!—Ya ve

usted que mis proyectos son honrados.—¡Y cómo me admirarán los hombres en los bailes de las Tullerías! Yo tengo una espalda y unos hombros muy aristocráticos, y el conde me dice que con el vestido de corte pareceré una duquesa.—Yo fui escotada una noche á los Italianos, á palco de primer piso, que cuesta muy caro..., y todo el mundo reparó en mí, tomándome por una señora *commi'l faut*.—A mí me gusta mucho el campo... y vivir sola con las flores, que le hacen pensar á una en el buen Dios.—Yo quisiera tener una quinta que me costase 15,000 francos de alquiler, con una cascada artificial, una gruta, dos cabras y un bosque bastante grande para que no la viesen á una cuando se escondiese allí con un libro de Alfonso Karr.—¡Oh!... yo amo mucho la naturaleza...—¡Yo soy buena, Dios mio!—Yo le he enviado una vez á mi madre á Burdeos un chal que sólo me habia puesto diez ó doce veces, y que le costó á mi esposo 300 francos...: un chal muy bonito, que me iba muy bien con cierto sombrero blanco que le vendí á Lucila por la mitad de su precio.—¡Oh! caballero, yo tengo mi alma. Yo sé que hay *algo*... Nosotros no somos como los perros.—Yo he llorado en el teatro una porcion de veces.

En esto habíamos subido por una oscura y retorcida calle de árboles hasta lo alto de una montaña que se llama, me parece, *la Celle-Saint-Cloud*, toda ella sembrada de palacios, quintas y bosques de dominio particular.

En lo alto de la cuesta habia un *restaurant*... ¿qué digo *restaurant*? ¡un verdadero *hotel* campestre!

Las señoritas se manifestaron muy cansadas.—Eran ya las dos de la tarde.

Hicimos, pues, alto en aquel lugar.

Mas ¿para qué he de referiros los pormenores de las muchas horas que duró todavía esta singular aventura?

Básteos saber que pasamos allí la tarde jugando al billar; que comimos en un precioso jardin de aquella fonda; que viendo que estábamos á legua y media de la casa de Mauricio, no nos atrevimos á volver á ella en la oscuridad de la noche, por miedo de perdernos; que á la mañana siguiente á eso de las nueve estábamos otra vez jugando al billar, esperando el almuerzo, que fue espléndido; que despues de almorzar jugamos al *écarté*; que á la tarde bajamos en casa de Mauricio; que cuando llegamos allá habia partido ya el tren para París; que nos vimos por consiguiente obligados á dormir tambien aquella noche en el campo, y que, por no tener bastantes camas el buen pescador, decidimos Iriarte y yo irnos á su casa de *Chatou*.

Ellas fueron á despedirnos hasta la orilla del Sena.

—Mañana á las ocho nos reuniremos en la isla para marchar juntos á París, les dijimos al embarcarnos. Almorzaremos bajo los árboles y partiremos en el tren de las diez.

—Está convenido, respondieron ellas.

Vogamos, pues.

Eran las seis de la tarde.

Apenas quedaba en el cielo una leve claridad del agonizante crepúsculo.

La isla, á la cual nos dirigíamos sesgando las aguas contra corriente, aparecía negra y silenciosa como un inmenso ataúd.

En la orilla que abandonábamos se percibían aun las graciosas figuras de las dos parisienses, que cantaban con argentinas voces aquel malicioso estribillo:

*La paix est faite...  
ma foi... tant pire...*

De pronto, y cuando nos hallábamos en medio del Sena, tropezó nuestra barca con un objeto que bajaba lentamente por el río.

—¿Qué es eso? preguntó Iriarte, que remaba de pié en medio del bote.

Yo iba sentado á proa; pero el horror no me dejó decir al pronto lo que había visto.

Había visto una faz amoratada, una barba y unos cabellos negros, unos ojos en blanco, un cuello de camisa y una corbata; una lúgubre cabeza, en fin, que salía de entre las aguas como de entre los pliegues de un inconmensurable sudario...

—¡Es un ahogado! exclamé por último.

—¡Un noyé! gritó Mr. Iriarte.

El canto de las jóvenes se convirtió en gritos espantosos.

—¡Un ahogado! ¡Un ahogado! repitieron varias voces en casa de Mauricio.

Nosotros pugnábamos por echar mano al cadáver; pero no nos lo permitían nuestra torpeza y nuestra misma turbación.

Un momento despues se hallaba Mauricio en otra barca al lado de la nuestra.

—¿Qué van ustedes á hacer? nos dijo.

—Queremos sacarlo, respondí yo.

—¿Para qué? ¿No ven ustedes que está bien muerto?

En efecto, el cadáver estaba hinchado.

—¿Qué importa? dije yo. ¿Hemos de dejarlo ahí? ¡Ayúdenos usted á sacarlo!

—No haré tal, respondió Mauricio, ni les aconsejo á ustedes que lo hagan. Tendríamos que avisar al alcalde de *Bougival*. Este nos pondría presos y nos llevaría al pueblo. Pasaríamos la noche y el día de mañana en declaraciones, careos é interrogatorios insultantes, y quién sabe si reconocerían al cabo nuestra inocencia!—Yo tengo enemigos en *Bougival*.—Ese desgraciado se tñaría probablemente por un puente... allá en París.—No tendría dinero ó lo perseguirían por deudas.—No es el primero que ha pasado por aquí desde que soy pescador.—Mañana, con la

luz del día, verán cruzar ese cadáver desde algun pueblo de la ribera y lo sacarán sin esponerse á nada.—Lo que á mí me sorprende es que este cuerpo haya estado en el río todo el día de hoy sin que nadie lo vea, y esta misma reflexion nos haria la justicia de Bougival.—¡Ah! es un mal negocio.—Dejémoslo así y procuremos nosotros dormir más abrigados que ese pobre caballero.

—Mauricio tiene razon, dijo Iriarte. Esta aventura nos atraeria muchos compromisos. Repara que hace dias llevamos una vida que no tiene fácil esplicacion, sobre todo á los ojos de un alcalde.

Yo habia resuelto ya tambien dejar á Dios todo aquel drama, cuyo desenlace acabábamos de entrever; pero seguí con la mirada el punto negro que marcaba sobre las ondas la cabeza del suicida, hasta que lo ví desaparecer en un recodo del río.

Con esto, dimos las buenas noches al pescador, que rigió su bote con direccion á su casa, y nosotros seguimos vogando hácia la isla de Croissy.

Diez minutos despues estábamos en *Chatou*.

Al día siguiente, cuando nos levantamos, de todo teníamos gana Mr. Iriarte y yo menos de continuar las aventuras del día precedente.

El encuentro con el ahogado habia ennegrecido nuestra imaginacion.

Cumplimos, sin embargo, nuestra promesa, y concurrimos á la cita á la hora prefijada.

La isla estaba desierta.

Fuimos en casa de Mauricio, y allí supimos que nuestras dos amigas, espantadas tambien por aquel siniestro lance, habian levantado el vuelo hácia París en el primer tren de la mañana, encargando á la viejecita que nos presentase sus excusas.

Mucho nos alegramos de esto; pero lo más singular es que yo no sentia el menor deseo de volver á París.

El día estaba hermoso. *Bougival* se distinguia allá abajo, á la orilla del río, tan gracioso y sonriente como la creacion de un artista. Mi *toilette* se habia reparado, gracias á Mr. Iriarte, lo cual se hacia ya muy urgente, pues recordareis que cuando salí de mi casa hacia tres dias, sólo era mi intento hacer una visita en la ciudad. En la serena atmósfera de la mañana vibraban los ecos de una campana remota que tocaba á misa. Carlos y Sofia, los hijos de Mauricio, se disponian ya para ir á la escuela del pueblo. La idea de París seguia causándome vértigo y disgusto...

—¡Vámonos á *Bougival*! dije de pronto á Mr. Iriarte.

—Sí, vengan ustedes, exclamaron los niños. Hoy hay una misa solemne en la iglesia.

—Vamos á *Bougival*, añadió mi buen amigo.

Y emprendimos la marcha.

Por el camino fuimos encontrando mucha gente que acudia á misa desde las casas de campo de la comarca.

Algunas elegantísimas y verdaderas damas iban en soberbios carruajes.

Sofía nos dijo el nombre de la mayor parte de ellas, y entre estos nombres oímos varios muy ilustres en la historia de Francia.

Era que la alta sociedad parisien estaba á la sazón en pleno veraneo en sus *chateaux* antiguos ó modernos, ó en sus deliciosas casas de campo, salvo las familias que recorriesen á aquella hora las orillas del Rhin ó las montañas de Escocia, con el mismo afán de traslación que empuja á los madrileños hácia Biarritz ó Normandía.

Una vez en Bougival, dejamos á los niños en la escuela, y nos dirigimos al templo.

Este es antiquísimo y de severa arquitectura. Todo él estaba ocupado por hileras de sillas, á modo de *teatro* casero. Cada silla tenia escrito el nombre del *abonado* á quien pertenecía. Es decir, que por sentarse en la iglesia se paga en Francia un tanto al año, como por una butaca de la Gran Opera ó por un nicho del cementerio.

Un acomodador cuidaba de que nadie ocupase sino el lugar que le correspondía.

Nosotros permanecimos de rodillas ó de pié, lo cual no se me hizo cuesta arriba, pues acostumbrado estaba á oír misa de aquel modo.

Todo el público leía.

He olvidado decirnos que las sillas están construidas de manera que cada una le sirve de reclinatorio al que está abonado detrás.

Salió la misa.

Naturalmente habian de chocarme en ella muchas cosas.

La música me pareció bastante profana en su espíritu, y la manera de cantar sumamente melodramática.

El latín, pronunciado á la francesa, me resultaba ininteligible ó me hacia reír á pesar mio.

Las reverencias del sacerdote tenían algo de mundano, de galante, de palaciego.

La plática que dirigió al auditorio (después de la Consagración) llevaba tal sello de sociabilidad, de cortesanía, de finura profana, que ni revelaba autoridad, ni me infundió respeto.

El cura habló á la razón, aduló á sus ovejas, y empleó, en fin, aquellas frases comunes, vulgares, estereotipadas sobre los labios de todos los franceses, que hacen semejantes, si no idénticos, los discursos del emperador y los anuncios de los perfumistas, las arengas de los generales y los manifiestos de las mujeres sensibles, los sermones y las comedias, los prospectos de los charlatanes y los folletines de los periódicos.—El mismo enfático estilo, la misma lógica utilitaria, el mismo solemne tono, los mismos ademanes académicos.

Acaso haya en esto algo de preocupación mia; pero yo creo que todos los franceses dicen una misma cosa en cada situación dada, esto es, que no hay en toda Francia sino una sola conversación (hecha ya y fiambre,

como dije hace algun tiempo); conversacion que todos saben de memoria y repiten como papagayos.

Ahora: de lo que estoy completamente seguro, es de que todos emplean en el discurso unos mismos giros, iguales inflexiones de voz, é idéntica forma de cláusulas, oraciones y períodos.

Acaso consista esto en que el lenguaje francés está muy trabajado, muy batido, muy formado por tantos años de cultura, de periodismo, de parlamento, de asociaciones, de comunicacion y trato con todo el mundo, y tambien en la índole expansiva, locuaz y propagadora del pueblo francés; pero tambien entrará por algo en esta monotonía de la conversacion y poca originalidad de los pensamientos, la falta de caracteres, la abdicacion individual, la mudez de las conciencias y el profundo escepticismo de que adolecen los galos de hoy como los de hace dos mil años.—Dicho se está que excluyo de esta regla á los grandes escritores, á las eminencias, á los entendimientos escepcionales; pero la generalidad, la inmensa vulgaridad de Francia, consulta más su memoria que su corazon, y dice lo que sabe, sin saber muchas veces lo que dice.

Afortunadamente, aquel día no era la misa de precepto. En tal caso, me hubiera remordido la conciencia como si no la hubiera oido. Y es que durante toda la santa ceremonia no tuve ni un solo momento de devocion, entregado á los pensamientos que habeis visto y á otros muchos más trascendentales.—Yo pensaba en la *Diosa Razon*, en el socialismo, en la ocupacion de Roma, en los premios á la virtud, en el suicida de la tarde antes, en las esposas de alquiler, en el sufragio universal, en Lamoriciere y los legitimistas, en el derecho al trabajo, y en otras muchas cosas que apreciaremos en conjunto cuando epiloguemos nuestras observaciones antes de salir de Francia.

Tampoco me parece oportuno seguir refiriéndoos tan prolijamente todo lo demás que me ocurrió en los tres dias que permanecí todavía en el campo sin resolverme á volver á *Paris*; pues os supongo ansiosos de regresar á la gran capital, de la que no os alejará como á mí no sé qué misteriosa enfermedad del alma.

Os dispenso, por lo tanto, de acompañarme en mi escursion á la magnífica quinta de *Monte-Cristo*, construida por Alejandro Dumas cuando escribia *Los Mosqueteros*.—Esta quinta, en que empleó muchos millones, se halla situada á media legua de Bougival.—Ya no le pertenece al gran novelista, sino á un comerciante, si no me equivoco.—Es un conjunto fantástico de palacio, fortaleza y *villa* italiana.

Tambien os dispenso de recorrer conmigo otros muchos parajes campestres en que nunca dejé de encontrar una fonda, cuando menos, y periódicos del día.

Volvamos, volvamos á *Paris*; pero no por el camino que ya conocemos.

A un tiro de bala de la casa del pescador, pasa un ferro-carril ame-



ricano, ó de sangre, que los ingleses llaman un *tram-via*. De media en media hora cruza por allí un enorme ómnibus que recoge la gente de la orilla izquierda del Sena y la lleva á *Rueil*, en donde toma el camino de hierro de vapor que me trajo á mí á *Chatou*.

Esperemos el ómnibus junto á esta garita de madera que marca la estacion de la *Bajada de la Jonchere*.

Pero hé aquí ya el inmenso vehiculo, atestado de gente...

Algunos bajan: nosotros montamos.

Un solo caballo, recio como un elefante, arrastra á cincuenta personas.

Demos un adios á estos pintorescos sitios, donde he pasado cerca de una semana sin propósito anterior ni razon ninguna para ello.—Yo no diré, sin embargo, que he perdido esos dias... Y, ademas: ¿qué dias son los que no se pierden?...

El ómnibus se para delante de un palacio.

El conductor grita: *¡La Malmaison!*

Ahí vive la reina Cristina, madre de la reina de España.

Ahí murio Josefina, la esposa repudiada por Napoleon.

Con todo, nadie sube al ómnibus ni baja de él.

Continuamos, pues, nuestro camino.

Hé nos ya en *Rueil*... Hemos llegado á tiempo... Los rugidos del tren resuenan á poca distancia...

Aquí lo tenemos...

Asaltemos un coche... Suena la señal...

Estamos en París.

Así va el siglo.

## VII.

### DOS CONCIERTOS.—MUERTE Y ENTIERRO DE LA DUQUESA DE ALBA.

Mes y medio permanecí en *Paris*, esgrimiendo mil cartas de remencion; ora visitando los monumentos, los Museos, las Academias y los Gabinetes científicos de la gran Capital; ora estudiando las costumbres, el estado social, la *manera de ser*; las preocupaciones y despreocupaciones de sus moradores; dejándome llevar siempre por el acaso; penetrando en todas partes hasta donde me lo permitan mis medios, y no desperdiciando ocasion ninguna, por trivial y [n]imio que pareciese el caso á primera vista, de hacer uso de mi lente filosófico. Así es que llevé la vida de corbata blanca y la vida sin corbata; bajé; subí; fuí á los bailes más encopetados y á los bailes de las *Barreras*, á los templos y á los cafés, á los restaurants de primer órden y los establecimientos de *Bouillon*, á los entierros y al *Casino* (rue Cadet), al teatro Francés y al teatro *Seraphin*; comí cada dia en un sitio distinto, y dormí cada noche en un barrio diferente; hablé con muchos pordioseros y con algunos príncipes,

con bailarinas y con hermanas de la Caridad; paseé por el bosque de Boloña y por el Jardin de Plantas; conocí al literato de reputacion europea y al bohemio sin reputacion; aproveché y exploté la locuacidad de todo el mundo, haciendo que me contasen su historia desde los cocheros que me llevaron en cabriolé hasta el centinela que volvió atrás con un *c' est defendu*, desde el que me vendió pomadas hasta el que me pidió limosna, desde la actriz hasta el mozo de café, desde el sabio hasta el obrero; y por la noche, ó en mis ratos de soledad, ó en mis escursiones al campo, me dediqué con afan á fundir tan diversos elementos, á convertirlos en sustancia moral y á darme cuenta del producto líquido que rendian mis múltiples observaciones, ó sea de la plata y de la escoria que resultan cuando se copela en un cerebro español cierta cantidad de vida de *Paris*.

Indudablemente, algun afan me impulsaba á esta febril investigacion, algo buscaba yo con tan vehemente anhelo en el corazon de la sociedad francesa.—¡Oh! yo buscaba la verdad en medio de tantas farsas y mentiras; yo buscaba el por qué de las cosas, el objeto, el fin, el ideal de la vida moderna; la fé, la creencia, el interés supremo de la actual civilizacion; su eje, su polo, su término adorado...—¿Y qué encontré?—Pron- to lo sabreis.

Pero ántes, bueno será que respiremos un poco aire puro; bueno será que os arranque por un momento de la mefítica atmósfera de las costumbres parisienses y os conduzca á otra etérea region en que el espíritu tienda sin recelo sus invisibles alas...

Esta digresion os proporcionará además la dicha de conocer á uno de los hombres más notables de nuestro siglo.

Fué, pues, el caso que habiendo encontrado en París á mi ilustre y antiguo amigo Jorge Ronconi, á quien debo las más profundas emociones que haya producido nunca en mi alma la música dramática y á quien toda Europa admira como á uno de los genios más poderosos que han aparecido sobre la escena, recibí un sábado una carta suya en que me llamaba á comer, con espresa recomendacion de que fuese vestido de ceremonia.

Ronconi es uno de los hombres de mejor humor que andan por el mundo: creime, por lo tanto, objeto de una de tantas bromas como nos hemos dado en su célebre *cármén* de Granada; pero, por lo que pudiera ocurrir, echéme una corbata blanca en el bolsillo, y acudí á su casa á la hora de comer.

El esposo de *Maria di Rohan* me aguardaba sentado ya á la mesa, y vestido de etiqueta rigorosa, aunque no tenia más convidado que yo.

Era indudable que pensaba llevarme á alguna casa luego que comiéramos.

No una vez sola le rogué me dijera de qué se trataba; pero no me lo quiso declarar. Hablóme, sí, de que me esperaba una gran sorpresa; y de este modo trascurrió la comida, y salimos á la calle.

En la plaza de la Magdalena, donde él vivía, tomamos un carruaje de alquiler.

—Al ferro-carril del Oeste, dijo Ronconi.

Mi curiosidad subía de punto. ¿Ibamos á esperar á alguien? ¿Tenía aquello algo que ver con mis aventuras en casa de Mauricio?

Ronconi se reía.

A eso de las ocho llegamos á la estacion. Mi amigo tomó unos billetes en el despacho, sin que yo oyese para qué punto; díjome que lo siguiera, y entramos en un tren que se disponía á partir.

¿Qué significaba aquel viaje de frac y corbata blanca?—Yo pensé mil disparates. Pensé en la *Malmaison* pensé en Bougival y en el suicida; pensé no sé cuántas cosas...—¡Y mi amigo no me despenaba!

Así corrió el tren como unos cinco kilómetros, en cosa de medio cuarto de hora.

Paróse luégo, y los empleados de una estacion gritaron: *¡Passy! ¡Passy! ¡tres minutos!*

Ronconi me indicó que habíamos llegado.

Echamos pié á tierra; partió el tren, y nos quedamos solos y á oscuras en mitad del campo.

Yo estaba en mis glorias.—Convendreis conmigo en que la aventura era singularísima.—Ronconi se orientó como pudo, y anduvimos un poco tiempo bajo los árboles por un piso de menuda arena.—Luego entramos en un jardín que lindaba con una recia muralla, que no era sino la muralla de París.—Allí había ya algunos faroles de gas.

—Observarás que este jardín, me dijo Ronconi, tiene la figura de un piano de cola.

Era verdad.

Pasamos una verja de hierro, y entonces apareció ante nuestros ojos un gracioso *hôtel* ó palacio de pequeñas dimensiones, cuya artística fachada se perfilaba á la luz de dos enormes candelabros que había delante de la puerta.

Ronconi seguía implacable.—Yo presentía algo extraordinario. El grande artista no podía darle tanta importancia á un acontecimiento vulgar.

Entramos.

Al pasar la puerta empezaba el gran lujo de la casa. Indudablemente, la recepcion era en el piso bajo. Criados muy elegantes se apoderaron de nuestros abrigos, y otro abrió una puerta que había á la derecha, al través de la cual se escuchaban risas y murmullos.

—Sígueme, dijo Ronconi.

La habitacion en que penetramos era pequeña y cuadrada; estaba estucada de blanco y oro; tenía *parquet* en vez de alfombra, y adornábanla sillones y cortinas de seda roja y negra. En frente de la puerta había un gran piano vertical, cuyas luces estaban encendidas.

Hallábanse reunidas en aquel aposento hasta unas veinte personas de

muy distinguido porte y elegantemente vestidas. Entre ellas habia seis ó siete damas.

Cerca del piano se encontraba un viejo alto, grueso, fuerte; con gran peluca rubia y unas ligeras patillas blancas; sin un hueso en la boca; de grandes y nobles facciones, y ojos muy vivos y penetrantes. Vestía un *rendingot* castaño, de alto cuello; ancho corbatin de forma antigua, y holgado pantalon oscuro. Llevaba en el ojal el boton de la Legion de Honor. Tenia en la mano una caja de rapé, y su voz era destemplada, dominante y agresiva. Hablaba en italiano.

No bien divisó á Ronconi, dejó la conversacion que tenia con una dama, y vino hácia él con los brazos abiertos.

—¡ Gran canalla ! ¡ Jorge mio ! exclamó abrazándolo.

—¡ Viejo lobo ! ¡ Joaquin mio ! respondió Ronconi.

Y se besaron.

Yo habia reconocido ya á aquel viejo, cuyos retratos inundan todos los aparadores de París.

Era Rossini.

¡ Era el autor del *Barbero de Sevilla*, de *Moisés*, de *Semiramis*, de *Guillermo Tell*, del *Stabat Mater*, de la *Ceneréntola*, de *Otelo*, de tantas obras inmortales ! Era el que despertó en el alma de nuestros padres aquel amor de que nosotros somos hijos; el cantor de sus pasiones, el intérprete de sus sentimientos; el que, durante miles de noches, recibió adoracion entusiasta en teatros que brotaban á su voz como las ciudades de Grecia á la voz de Orfeo; era el sol de aquellos dias melancólicamente recordados por las decrepitas beatas de hoy, el héroe de innumerables campañas artísticas y galantes, el que compartió con Byron, Napoleon y Goethe los aplausos del siglo XIX, cuando el siglo XIX estaba en la adolescencia y acariciaba sus sueños de amor, de gloria y de poesía; era el Dios músico de la aurora del romanticismo, de aquel romanticismo cuyo lúgubre anochecer nos ha tocado presenciar á nosotros; el creador de los patéticos cantos que arrullaron nuestra cuna; el nombre mágico que aprendimos á venerar en nuestra niñez; el maestro de Donizetti y de Bellini, númenes de nuestros amores; era, finalmente, el que se ha sobrevivido á sí mismo; el que ha querido ser la posteridad de su propio genio, ¡ el que hoy goza de su fama póstuma bajo el nombre del *Cisne de Pessaro*...; era Rossini, y esto lo dice todo !

Considerad, pues, cuáles serian mi sorpresa, mi turbacion y mi asombro al verme á dos pasos de él.

Entre tanto, Ronconi le habia dicho mi nombre, mi patria, y otras cosas que no oí.

El maestro me tendió su mano, que yo estreché con efusion.

Si con anticipacion se me hubiese anunciado que la mano de Rossini llegaria á tocar la mia, yo hubiera creído que mi primer movimiento habria sido besar la suya... Pero los hechos en realidad nunca son tan solemnes como los concibe la imaginacion. No se la besé, pues.

En cambio, tampoco le dirigí elogios ni cumplimientos. ¿Qué podía yo decirle que no le hubiesen repetido hasta la saciedad, durante cincuenta años, todos los sabios, todos los poetas, todos los artistas, todos los héroes, todos los reyes y emperadores de este siglo?—Rossini ha apurado, como poeos mortales, la dorada copa de la gloria.—El ha sido llevado en triunfo un millon de veces desde el teatro á su casa; él ha sido amado y requerido por las mujeres mas notables y hermosas de su tiempo (pues ha tenido tambien la hermosura de Antinóo); él ha sido adulado y mimado por los soberanos mas poderosos y adustos de la Europa contemporánea; él ha sido aclamado en las calles y paseos por las masas populares; la prensa de todo el universo se ha fatigado en su elogio, y se han escrito mas historias de su vida que de la vida de Napoleon I. Y él ha desdeñado todo esto; él se ha burlado de sí mismo y del entusiasmo que producía; él se ha complacido siempre en desencantar á sus admiradores y panegiristas; él se ha reído con la risa del Voltaire, con la de Anacreonte y con la de Polichinela; y riéndose de este modo, ha hecho temblar y gemir al mundo entero; ha amasado una respetable cantidad de millones de francos, y se ha divertido como pocos hombres en el mundo.

Se dice,—yo no lo creo ni lo concibo,—que Rossini no ha tenido nunca corazon, ni cariño al arte, ni fe en nada inmaterial, ni un amor serio, ni respetos de ninguna especie. Se dice que su única pasión ha sido la avaricia, su único ideal el oro, su único Dios el franco...—Repito que no lo creo.—No se debe juzgar á nadie por sus palabras, ni tampoco el carácter es la expresion de los sentimientos del espíritu.—¿Quién sabe la reconcentrada ternura, la oculta poesía, la honda tristeza que habrá habido siempre en el fondo del alma del autor de la *Donna del Lago*!—Decidme que es misántropo; que despreció á la humanidad desde niño; que la fortuna lo hizo cruel; que las glorias de la tierra le parecieron ridículas...—Todo eso es muy verosímil.—Pero yo no reconoceré nunca que pueda el genio, y un genio innovador y revolucionario como el suyo, dar á cada afecto su canto, á cada pasión su lloro, á cada dolor su gemido, voz á la naturaleza é himnos á Dios tan puros como la plegaria del *Moisés*, sin que su alma y su corazon encierren todo el fuego y todas las lágrimas que forman la esencia de su música y que esta misma música hace germinar en nuestros pechos.—Lo demás sería monstruoso.

Rossini era tratado en su tertulia como un verdadero rey de otros tiempos. El atacaba á todo el mundo con sus sangrientos sarcasmos, con su ácida burla, con sus mordaces epigramas, y nadie le devolvía ningún golpe: todos se daban por muy honrados con las familiaridades del gran maestro.

Sólo Ronconi era respetado, ó se permitía contestar con chistes á sus chistes.

Constituian la reunion: la esposa de Rossini, de la que os diré algo; dos altos dignatarios del imperio; el alcalde de Passy; una vieja condesa, dueña de una casa de campo contigua, y varios cantantes y cantatrices de

*primo cartello*, entre los cuales yo conocia á unos por haberlos oido en el Teatro Real de Madrid, y á otros por las trompetas de la fama.

Todos aquellos ruiseñores de frac ó con abanico se hallaban de paso en la capital de Francia, de donde iban á partir ya muy pronto, cada uno con rumbo diferente, segun la escritura que habia firmado aquel verano.—Cuál iba á Berlin, cuál á San Petersburgo, cuál á América, cuál á Nápoles; este á Madrid, aquel á Lóndres; el uno á Viena, el otro á Copenhague.

Yo pensé un momento en el invierno que se acercaba; en el frio y en la oscuridad de nebulosas capitales cubiertas de nieve; en el alumbrado, en la música, en los caloríferos y en el amor que animarian en tanto aquellos teatros; en las elegantes muchedumbres que los poblarian; en los parasismos de silencio religioso que producirian aquellos cantantes en tal *aria* ó en tal *duo*; en la primavera que llegaria despues; en entierros y casamientos; en el sueño de la vida y de la muerte..., y no pude darme cuenta, ni me la doy en este instante, de la acerba poesia que encontró mi imaginacion en tan extensas consideraciones.—Habia en ella á un mismo tiempo afan de ubicuidad, curiosidad de viajero, compasion hácia el género humano, y aquella delirante codicia que le hacia desear á lord Byron que todas las mujeres del Norte y del Mediodía se compendiasen en una sola...

Por ser amigo de Ronconi y recién presentado en la tertulia, merecí yo tambien alguna circunspeccion de parte de Rossini. Contribuiria además á ello el mucho amor que el maestro profesa á España.—Todo el mundo sabe que su primera mujer, la famosa Isabel Colbrand, era española.

Rossini posee perfectamente nuestra lengua: su pronunciacion y su acento son los mismos que reparé más tarde en el Papa, cuando tuve la dicha de oír hablar en español á Su Santidad;—acento y pronunciacion en que parece percibirse un leve dejo valenciano.

Mi conversacion con el autor del *Barbero de Sevilla* versó casi toda acerca de España. Por cierto, que cada vez que me oía nombrar á Guadix ó á Granada, tarareaba un pasaje de su *Otelo*...

Hablóme de las catalanas, y me dijo que habia visto pocas mujeres que le gustaran tanto, y luego añadió:

—Yo estuve en Madrid ocho dias, hace treinta años. Usted no habria nacido, y la mayor parte de las personas que yo conocí ya se habrán muerto. Lo que no puedo olvidar es el jamon de la Alpujarra. ¿No está la Alpujarra cerca de su pueblo de usted?

—Todo es Sierra-Nevada, le respondí; y si usted quiere...

—Eso le corresponde á este, respondió acariciando á Ronconi. El me los envia con frecuencia.—Y ¿qué opinan ustedes por allí de los asuntos de Italia?

—Cada cual opina su cosa, como en todas partes, contesté yo bastante aturdido.

(Por entonces se hablaba mucho en los periódicos de que al rey de Nápoles se le había ofrecido por nuestra Familia real un refugio en el palacio de San Telmo en Sevilla).

Rossini creyó sin duda ver en mi contestacion alguna falta de franqueza, y me castigó con esta frase:

—Yo he oido decir que han ajustado ustedes á Francisco II para que les cante el *Barbero de Sevilla*.

—Podrá ser muy bien, maestro, le contesté; pues en España gusta mucho esa ópera...

Esta galantería lo desarmó.

—¡Oh! ¡la bella España! exclamó con dulzura. Yo estuve allá en 1831, en compañía de mi grande amigo el banquero Aguado, y nunca podré agradecer bastante las atenciones de que fuí objeto. Fernando VII y María Cristina me obsequiaron mucho, mucho, y yo le dediqué á ésta una *romanza* titulada *La Passegiata*...

Aquí me hizo algunas preguntas y lanzó varios sarcasmos políticos que no debo consignar.

Luego continuó:

—Todavía anda entre mis papeles una real orden refrendada por el ministro Ballesteros en que se me concede el uso de uniforme de maestro del Conservatorio de María Cristina. ¡Bien me divertí allí una noche en que me dedicaron un concierto, todo compuesto de piezas de mis óperas! ¡Qué lindas mujeres habia entonces en España!—Ya estarán viejas como yo... Pero supongo que habrá otras nuevas.

(Rossini nació en 1792).

—Carnicer, mi pobre Carnicer, á quien yo queria mucho, y que era un grande artista, dirigia el concierto... La grandeza me dió bailes y comidas... Y Varela... el buen Varela... el comisario de Cruzada, me ofreció un banquete musical suntuosísimo, al que asistió medio Madrid. A aquel escelente hombre y á aquella magnífica fiesta se debió mi *Stabat Mater*, que, como sabrá usted, le dediqué á Varela, y se estrenó dos años más tarde en *San Felipe el Real de Madrid*... Despues estuve en Barcelona, en la hermosa Barcelona... donde los catalanes hicieron locuras conmigo...—Yo comprendo que este mal sugeto, añadió por último señalando á Ronconi, haya fijado sus cuarteles de invierno en España... ¡Aquella es una noble tierra!—Con que... anda, Jorge; preséntale tu moro á mi mujer y vamos á hacer un poco ruido en ese piano.

Mad. Rossini, la segunda esposa del gran maestro, data de 1847: antes se llamaba Mad. Pelissier.—La Colbrand murió en 1845.

Mad. Rossini habrá sido muy bella. Hoy es agradabilísima y sumamente elegante.

Táchasela de codiciosa, y se dice que obliga á Rossini á escribir todas las semanas alguna melodía, alguna *romanza*, algun coro, cualquier cosa, con tal que sea *música*, llevando en ello la intencion, no de acrecer el tesoro del arte, sino su tesoro particular.

Estas composiciones del ilustre maestro se tocan una sola vez en la tertulia, y luego desaparecen, sin que se vuelva á hablar de ellas.

Es que su mujer las agrega á un volúmen que forma silenciosamente, bajo el título de *Obras póstumas de Rossini*, comprendiendo que cuando muera el autor de la *Gazza ladra*, esa coleccion de los últimos cantos del cisne se venderán por un precio fabuloso...

En esto hay una visible crueldad, puesto que se priva al grande hombre de gozar en vida sus últimos triunfos, y se cuenta con su muerte como con un nuevo mérito y aumento de valor para sus obras inéditas; pero en medió de todo no habrá quien no perdone su pecado á Mad. Rossini, en consideracion á que, si no fuera tan codiciosa, no obligaria á trabajar á su anciano esposo, y el mundo se privaria de la preciosa coleccion que conocerá con el tiempo.

Afortunadamente para mí, aquella noche se estrenaba un *Lamento* que el inmortal artista habia escrito por la mañana.

Cuando lo ví sentado al piano para interpretar su nueva obra, experimenté una emocion que adivinareis fácilmente.

Ver á Rossini delante del teclado, equivalia á ver á Mirabeau en la tribuna, á Napoleon á caballo, á lord Byron escribiendo una epopeya sobre el hundido muro de Corinto.

Era una cosa tan solemne como la historia; pero mucho más augusta por su palpable autenticidad.

El *Lamento* era una melodía sencillísima, llena de sentimiento, y en que se advertia aún aquella gracia, aquella fluidez, aquella sublime facilidad de todas las inspiraciones de Rossini.

El insigne músico indicaba vagamente su idea hiriendo las teclas con sobria precision, como el pintor que fija su concepto con dos ó tres rasgos magistrales.

Por lo demás, su rostro no espresaba ya burla ni ironía.

—Mira cómo se le alarga la cara! me dijo Ronconi al oido.

Y en efecto, el semblante del compositor ostentaba una seriedad, una compuncion, una ternura extraordinarias.

¡Y con qué respeto, con qué veneracion se escuchaba aquella música! —¡Qué imponente silencio la recogia! ¡Qué aplauso tan amoroso la siguió! Rossini se reia ya de sí mismo y de nuestro entusiasmo.

Después cantó Ronconi una *romanza* bufa de Donizetti, titulada *El Trovador*.

Rossini mismo se la acompañó; y mientras todos reian al oir las sales cómicas del gran barítono, el autor del *Barbero*, que unia á veces su cascada voz á la de Ronconi, exclamó dos ó tres veces en los pasajes mas hermosos:

—¡Pobre Donizetti!

Cantóse, por último, el famoso terceto de *La italiana en Argel*, que hizo reir mucho á su mismo autor; sirvióse el té; hablóse de política; dieron las once, y se disolvió la tertulia.



Media hora despues me despedia yo de Ronconi en la plaza de la Magdalena, dándole millones de gracias por la inolvidable noche que me habia proporeionado.

A la noche siguiente asistí á otro concierto que tampoco podré olvidar por mucho que viva.

Escuchadme con paciencia.

Venia yo del bosque de Boloña, al que todas las tardes concurrían centenares de familias españolas de las más conocidas en la sociedad de Madrid.

El tiempo era hermoso: el otoño se acercaba; pero las aves seguían alegres y canoras; el cielo azul y puro; el aire perfumado y tibio, y las damas principales en carretela descubierta.

Cuanto españoles frecuentaban las largas calles de árboles tendidas á las orillas del Lago, buscaban todas las tardes, con el afán más tierno y el interés más respetuoso, un carruaje ocupado por dos señoras, que cruzaba como una exhalacion una ó dos veces entre las filas de coches y desaparecía por el Arco de la Estrella poco antes de la puesta del sol, para no volver hasta el dia siguiente.

Hasta los que no trataban á aquellas dos señoras, quitábanse el sombrero involuntariamente al verlas pasar, y las seguían luego con la vista durante mucho tiempo, revelando en su actitud la más honda melancolía...

Y era que una de aquellas dos damas, elegante sobre toda ponderacion, y bella como una fantasía de artista, iba reclinada en la carretela, inmóvil, pálida, moribunda, con los ojos y los labios entreabiertos, como si le sobrase luz y le faltase aire para vivir. Era que todos sabíamos que aquella mujer huiría del mundo en un breve plazo; que sus horas estaban contadas; que ni su juventud ni sus encantos, ni su grande alma, ni la esplendente vida de la eterna naturaleza que nos rodeaba, serían bastantes á arrebatár á la muerte aquella soberana hermosura... Era que todos recordábamos haberla visto reinar en los salones de Madrid, brillar en los teatros, lucir en los paseos; adorada siempre hasta el fanatismo; imitada, envidiada, obedecida; irresistible dictadora donde quiera que apareció, donde quiera que alcanzaron sus miradas...

Indudablemente ya la habeis conocido.—Era la duquesa de Alba, la hermana de la emperatriz Eugenia.

La otra señora era su madre, su pobre madre; la ilustre Condesa del Montijo.

La tarde que digo era ya la octava en que la infortunada duquesa no habia sido vista en el Bosque de Boloña.

Al pasar yo por los Campos Eliseos, de vuelta de paseo, me detuve como todos los dias delante de su palacio, á fin de saber de ella.

Pero los melodiosos acordes del *Concierto Musard*, que se hallaba es-

tablecido al aire libre, á pocos pasos de la morada de la enferma, me distrajeron un instante de mi propósito.

La orquesta tocaba un *potpourri* de los más apasionados y tiernos *aires* de Donizetti.

Yo me detuve allí como magnetizado por aquellos cantos tan conocidos y siempre tan amados, que me recordaban muchas temporadas de Teatro Real, muchas noches de ilusion desvanecida, y todos los afectos y todas las personas que se relacionaban con aquellos tiempos y con aquella música....

Y pensaba también en que la jóven duquesa estaría escuchando desde su lecho de agonía aquellos mismos ecos de sus pasadas agitaciones, aquellos suaves cánticos que compendiarían la existencia que iba á perder, aquellas voces de amor que le recordarian su largo reinado sobre las almas de cuantos la conocieron y á quienes ya no volvería á enagenar su hermosura... ¡Oh! ¡Qué melancólicamente resonarían en su corazón aquellas armonías, más duraderas que la vida mortal, y que parecían anunciarle que «después que ella desapareciese, todo seguiría en la tierra tal como lo había conocido, y que aquellas patéticas melodías, en que ella escuchaba el adiós del mundo.... presidirían otros amores, otras fiestas, otros encantos!»...

—¡Feliz ella (murmuré para mí mismo, si estas voces fugaces le hacen pensar en la vanidad de las cosas humanas, ponen en su espíritu una mística abnegación de toda felicidad terrena, y lo levantan á la aspiración de más grandes y perdurables alegrías! ¡Feliz ella, si considera estos cantos como el ruido de una tempestad que se aleja, y presta oído atento á los himnos de la Inmortalidad, cuyas doradas puertas verá dibujarse entre desgarradas nubes en el lejano oriente de otra vida!...

Pensando de esta manera, me aparté del concierto, y penetré en el *Hôtel de Alba*.

Hacia dos minutos que la duquesa había expirado.

Su muerte había sido envidiable por la resignación cristiana con que aquella mujer sublime la vió llegar..., y todavía, todavía en aquel momento, escuchaba yo desde lo interior del palacio los postreros acordes de aquel aria final de *Luchia* que empezaron á tocar cuando el alma de la duquesa se hallaba aun en este mundo!...

.....  
 Dos días después se verificó el entierro.

La emperatriz se hallaba en la Argelia con el emperador hacia dos semanas.

El entierro de su hermana no fue, pues, otra cosa que el homenaje que las casas de Alba y de Montijo y todos los españoles que se encontraban á la sazón en París rindieron á la idolatrada prenda que habían perdido.

Y en verdad que era solemne aquel largo cortejo *extranjero* que atravesaba los Campos Elíseos con dirección al templo de la Magdalena, por

entre dos filas de parisienses poseidos de una fria curiosidad, y que no veian en la extraordinaria mujer que dejaba en triste duelo á la sociedad española sino á la hermana de la mujer de Napoleon III.

Esta fúnebre ceremonia y el concierto de Rossini fueron las dos únicas escenas que presencié en París con afectuosa emocion y simpático sentimiento.—Todo lo demás que me salió al paso, por desconsolador y horrible que fuese, solo me produjo indignacion, desden ó miedo.—Y es que en París llega á tanto la presuntuosa soberbia del hombre, que sus mayores males no os causan compasion, sino que veis en ellos un castigo merecido, como las *plagas* que nos refiere la Escritura.

## VIII.

## LA RIGOLBOCHE, GARIBALDI Y OTROS NÚMENES.—EL ÁRBOL TRASPLANTADO.—EL HUMANISMO.

Llevaba ya cuarenta y tantos dias de permanencia en París, y, como habreis notado, sus maravillas y placeres iban depositando en el fondo de mi alma una hez de disgusto y amargura, cuyo origen adivinaba algunas veces y otras se me ocultaba.

Yo no podia desconocer que París era el pueblo mas divertido del mundo; que en él no se carecia de nada... cuando se tenia dinero; que el gobierno era un verdadero padre de los ciudadanos que aspiraban á ser ricos, y que estos vivian tan libremente bajo la ley del llamado *déspota* que habitaba en las Tullerías (con tal que no contradijesen el menor de sus antojos) como las tribus sin casa, ley, Dios, ni vergüenza que vagan por los desiertos...

Yo había visto el mayor orden y la más admirable policia en todas partes; la prevision y la exactitud resplandeciendo en todas las cosas; el rigor legal y la igualdad filosófica nivelando *en teoría* á todos los individuos, y la paz, la limpieza, la abundancia, el placer y el negocio resultando armónicamente de una sabia combinacion de treinta y tantos millones de egoismos.

Habia admirado además los establecimientos de beneficencia civiles y militares, oficiales y privados...

En el *Hôtel de los inválidos*, por ejemplo, habia visto convertidos en unos berdaderos prevendados á los que se inutilizaron en defensa y gloria de la patria..., y casi divinizados á los pocos y decrépitos veteranos que aun quedan del primer imperio...,—advirtiéndose en lo uno y en lo otro más el orgullo nacional que la caridad cristiana.

En los Hospitales me habia sorprendido el lujo, el bienestar y el cuidado que rodea á los míseros enfermos..., los cuales creian encontrarse allí por derecho propio, y pedian misericordia en el mismo tono que se invoca el cumplimiento de un artículo de la Constitucion.